

EL HEREDERO DE TARTESSOS

Arturo Gonzalo Aizpiri



Ediciones EVOHÉ

Celtiberi, id est robur Spaniae
(Celtíberos, son la fortaleza de España)

LUCIO ANNO FLORO



PRIMERA PARTE
VOCES DE AGUA Y FUEGO

CAPÍTULO I

País de los ólcades (Celtiberia)

Año 229 a. de C.

Dejó caer sus armas en el suelo alfombrado de helechos y se recostó contra el tronco de un gran pino, muy cerca de las escarpaduras de arenisca que descendían desde las alturas de la sierra. Había estado recorriendo ese monte durante toda la tarde, tratando de encontrar huellas entre los macizos de zarzas, jaras y retamas, dando vueltas y más vueltas por aquel laberinto de piedra, agua y vegetación espesa. Comenzaba a atardecer y sintió que el desánimo le caía encima como una bofetada. «¿Seré capaz de encontrar mi presa?», se dijo. Habían pasado ya dieciséis días desde su partida de la aldea y comenzaba a preguntarse si regresaría con las manos vacías, incapaz de demostrar su hombría a toda la tribu. «No volveré si no es con el trofeo; prefiero que todos piensen que he muerto a la vergüenza de entregar las armas». Acarició la espada de hierro, el pequeño escudo circular de madera con refuerzos de bronce, el largo arco y la jabalina cuya asta había fabricado con sus propias manos; pensó en las horas innumerables que había empleado lijando y templando al fuego las ramas elegidas cuidadosamente.

Había decidido dedicarse a buscar un jabalí; hacía años que no tenían enfrentamientos con las aldeas vecinas y en esta época del año los lobos contaban con bastantes presas en los altos páramos como para acercarse a las tierras de los hombres. Pero el caso es que si no conseguía regresar antes del plenilunio con una cabeza de jabalí, lobo o enemigo, perdería toda oportunidad de convertirse en un guerrero y tendría que pasar el resto de su vida cultivando los campos y pastoreando los rebaños como un siervo, sin derecho siquiera a participar en la asamblea de la tribu. De modo que le quedaban solo dos días. Había encontrado muchos de esos lugares donde los jabalíes se arrancan los parásitos revolviéndose en el fango y frotando la piel contra los árboles, y había conseguido lanzar la jabalina contra un gran macho que había

cargado contra él, pero no solo no logró cobrar su pieza, sino que aun escapó a duras penas, con la huella de los colmillos del animal marcada profundamente en el muslo. Y es que la jabalina nunca había sido su fuerte. En cambio, era un arquero excelente, pero ninguna de las bestias se había estado quieta el tiempo suficiente para permitirle hacer blanco en las escasas partes vulnerables de su correosa piel.

Además, tenía hambre. La búsqueda del jabalí le había obsesionado de tal modo que había dejado de rastrear otras piezas menores para poder comer carne, y subsistía a base de bellotas y algún que otro lagarto que había encontrado adormecido por el calor del sol. Bebió agua y sintió que la fatiga le cerraba lentamente los párpados.

Se sobresaltó de pronto y abrió los ojos; debía de haber dormido un buen rato, porque la luz empezaba a ser incierta entre los árboles. Escuchó de inmediato el sonido que lo había despertado. Entre el aire inmóvil del bosque llegaba el rumor lejano de una batalla: metales, gritos de hombres y piafar de caballos. Se levantó de un salto, alerta como un gato, y avanzó cauteloso entre pinos, robles y sabinas hasta que desde un promontorio pudo contemplar el camino que transcurría por una ancha vaguada entre los montes, junto al río Sucro. No pudo evitar una exclamación:

—¡Cartagineses!

En el centro de una densa nube de polvo combatía un grupo de jinetes. Dos hombres se defendían desesperadamente de cuatro soldados con uniforme de cuero y lienzo rojo, algunos más yacían en el suelo. Aunque nunca antes los había visto, sabía que los atacantes eran cartagineses, porque en los fuegos de las aldeas no se hablaba de otra cosa desde hacía varias lunas. Después de muchas estaciones de ausencia, habían vuelto aquellos púnicos sanguinarios y las tribus de Ispania iban cayendo una a una bajo su dominio. «¡Cartagineses a las mismas puertas del país de los ólcades! ¡Nadie pensó que estarían tan cerca. Tengo que ir a la aldea a dar el aviso!», pensó, tratando de identificar el origen de los dos hombres que aún resistían. Eran íberos, desde luego, con sus falcatas de hierro, la túnica corta y las altas botas, la capa y el casquete de cuero. «Probablemente oretanos», se dijo, y un instante después el que parecía más joven de ellos gritó algo y atacó con furia, mientras el otro salía al galope hacia el bosque, tomando una dirección que le haría pasar muy cerca de donde se encontraba observando el muchacho.

El cartaginés que parecía ser el jefe del grupo, con un mechón de plumas coronando el casco, dio una cortante orden y dos de sus hombres saltaron en persecución del fugitivo. Uno de ellos aminoró la marcha para tensar el arco y lanzar una flecha silbando entre los troncos que un momento después impactó con un sordo crujido en la espalda del oretano. Este se desplomó sobre el cuello de su caballo y aferrándose a él lo espoleó para adentrarse en el bosque cada vez más sombrío. El muchacho se sintió invadido a un tiempo de temor y de júbilo. «¡Esta es mi oportunidad, aquí tengo la presa que necesito!» Sacó dos flechas de la bolsa de piel que colgaba de su espalda y apuntó cuidadosamente al claro por el que en ese momento veía pasar al oretano. Esperó escuchando el palpar furioso de su pecho hasta que apareció en el claro el primero de los cartagineses; la expresión triunfante del rostro del púnico se congeló en una mueca de agonía cuando una flecha le atravesó el cuello. El segundo jinete perseguidor salió de los árboles justo a tiempo de ver caer a su compañero, y tensó su propio arco buscando al atacante a su alrededor. Tal vez viera llegar la segunda flecha, porque se le clavó exactamente entre los ojos.

El muchacho corrió exultante colina abajo, hacia donde yacían los púnicos en un charco de sangre que se extendía lentamente sobre las hojas secas. Sabía que no tenía un minuto que perder. «¡Por Cosus, lo he conseguido, mi primera salida y mato ni más ni menos que a dos cartagineses!», se gritó en silencio, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Desde el camino llegó un aullido de muerte y lamentó no haberse parado a ver cómo transcurría la lucha antes de abandonar su escondite, pero ya no podía volver atrás. Llegando al claro, desenfundó su espada y de sendos golpes a doble mano cortó las cabezas a los caídos, y corrió con ellas siguiendo el rastro del caballo oretano.

No tardó en encontrarlo. El caballo, un alazán espléndido, probablemente del bajo Betis, permanecía inmóvil al pie de un roble inmenso. El animal miró al recién llegado con líquidos ojos inquietos, dilatando los ollares por el reciente esfuerzo. Tal vez se preguntara si era una amenaza el joven que ahora se aproximaba con movimientos suaves, desgranando un murmullo amistoso y tranquilizador mientras sostenía una cabeza ensangrentada en cada mano.

—Tranquilo, caballo, aquí traigo a los asesinos de tu amo, no tengas temor de mí.

No dejó de observar al jinete mientras tanto; parecía muerto, con el rostro enterrado en la crin y la flecha brotando vertical de la espalda como un estandarte. Al llegar junto a él advirtió un movimiento y se detuvo en seco, dejó caer sus trofeos y desenfundó la espada. El oretano giró la cabeza poco a poco y gimió roncamente. El joven se quedó paralizado, observando su rostro exangüe: era un hombre de unos cuarenta y cinco años, casi anciano, con la cabellera y la barba encanecidas y facciones meridionales. Supo que debía matarlo de inmediato y escapar con su caballo; si, como temía, la victoria en el camino había sido de los cartagineses, estarían ya adentrándose en el bosque tras él, a pesar de la noche que se cerraba rápidamente. «Lo siento, íbero, tú no eres mi enemigo, pero el peligro para mí sería aún mayor si les dices que ha sido un hombre solo quien ha matado a sus compañeros», pensó mientras alzaba la espada.

En ese instante, el hombre abrió los ojos y los clavó fijamente en el rostro del joven, con expresión angustiada y demente. Bajó la mirada y una sola palabra se le rompió en los labios antes de desvanecerse de nuevo:

—¡¡Tartessos!!

CAPÍTULO II

«¿Tartessos? ¿Habré entendido bien? ¿Cómo puede este hombre saber nada de eso?» El joven se sacudió el estupor con una creciente sensación de peligro y, cambiando de intención, recuperó las cabezas de los púnicos, saltó a la grupa del caballo tras el herido y suspiró aliviado cuando vio que el animal respondía a la presión de sus talones y se encaminaba mansamente hacia el oeste.

Un rugido de ira le reveló que sus víctimas habían sido halladas. «Ya resolveremos los enigmas más tarde, si es que consigo salvar el cuello. Ahora debo hacerles perder el rastro». No tardó en alcanzar un arroyo por cuyo cauce condujo al caballo pendiente arriba, atento a cualquier señal que le hiciera saberse perseguido, pero durante largo rato no escuchó otro sonido que el amortiguado chapoteo de los cascos del alazán entre las piedras y el rumor del agua.

Llegó al fin a un punto en que el arroyo cambiaba bruscamente de curso, obligado por una pared vertical de arenisca que retrocedía en su base formando el profundo abrigo en que había pasado las últimas noches; pudo oler las cenizas del fuego que le había ayudado a mantener a raya a las criaturas del bosque. Guardó silencio tratando de percibir algún signo de peligro. Se echó el herido al hombro y lo tendió boca abajo en el lecho de arena del refugio, ató después la brida del caballo a un pino junto a la entrada. «Ahora la espalda», se dijo arrodillándose junto al íbero. A la luz mortecina del anochecer comprobó que el impacto había sido amortiguado en gran medida por el manto de piel, y la flecha había tocado hueso después. «Has tenido suerte», murmuró mientras la extraía de un tirón. La herida empezó a sangrar copiosamente empapando la espalda del herido. La lavó con agua del arroyo y la propia capa del oretano, lamentando no tener un lienzo limpio. Cuando terminó, comió un puñado de bellotas y repasó mentalmente los acontecimientos de aquella tarde, congratulándose de su buena suerte.

Sintió que le inundaba toda la fatiga del día; un momento después dormía tendido a un paso del oretano.

Al despertar se le vinieron encima en tropel los acontecimientos de la jornada anterior; se irguió y miró hacia la entrada del abrigo temiendo ver a los cartagineses avanzando hacia él. Pero no había nadie, tan solo el caballo, que le observaba impertérrito, recortándose contra el alba. Sabía que habría debido mantenerse en vela, pero se había sentido tan exhausto que no pudo hacer otra cosa que abandonarse a la protección de la fortuna. Extendió el brazo y sonrió al comprobar que el cuerpo del oretano estaba aún caliente. Vivía. «Vivimos los dos, tengo dos cabezas púnicas y un caballo. Y un montón de preguntas esperando respuesta. Vamos allá, antes de que nos encuentren». Se acercó al arroyo y bebió a grandes tragos el agua fría del monte. Volvió con un cuenco lleno y se arrodilló junto al extraño, contemplando la herida de su espalda con aire crítico. No parecía estar tan mal. Había perdido mucha sangre, por supuesto, y aún podía morir en cualquier descuido, pero probablemente saldría adelante si conseguía llevarle pronto y sin contratiempos hasta la aldea. Debían ponerse en marcha cuanto antes.

—¡Eh, tú, forastero, despierta! —dijo, empujándolo con suavidad.

El herido gimió tenuemente y abrió los ojos. Trató de hablar, pero la voz se le hundió en la garganta.

—Toma, bebe un poco, debes de haberte quedado seco como un muerto.

Le acercó el cuenco a los labios y el hombre bebió con avidez; después torció el gesto en un rictus de sufrimiento.

—¿Puedes hablar?, ¿me entiendes?

El oretano asintió.

Aunque como todos en su aldea hablaba algunas palabras de íbero, le alegró poder utilizar su lengua; se llevó la mano al pecho y habló con solemnidad.

—Soy Gerión, hijo de Gerión y del pueblo de los ólcades. No te deseo ningún mal, a pesar de lo que estuve a punto de hacer contigo en el bosque.

El hombre apuntó una sonrisa y habló con voz cargada de esfuerzo y acento extranjero, imitando el gesto del muchacho.

—Yo soy Argantio, hijo de Argantio y del pueblo de los oretanos. Tampoco te deseo ningún mal. Estoy en deuda contigo —señaló las cabezas de los cartagineses, cubiertas de arena en el extremo del refugio.

Gerión retiró la mano del pecho para hacer un gesto de despreocupación y dejó al descubierto un colgante de bronce exquisitamente trabajado, representando una piel de bóvido desplegada. La habilidad de su artífice resultaba indiscutible: docenas de pequeñas esferas se superponían a un soporte de filigrana formando una pieza de sobria belleza. Argantio observó el adorno largamente.

—¿De dónde has sacado eso?

—Es una herencia de mis antepasados. ¿Y tú de dónde vienes? ¿Qué hacías luchando contra una partida de cartagineses tan lejos de tu tierra?

El oretano le detuvo con un gesto de dolor.

—Traigo un mensaje de mi ciudad, Hélike, para tu pueblo. Pero si no me conduces pronto hasta la asamblea de los ólcades, tal vez no pueda...

La voz del extranjero se deshizo en un áspero estertor.

—De acuerdo —dijo Gerión, comprendiendo que no le quedaba más remedio que contener su impaciencia. Debía llevar al íbero a su aldea cuanto antes y, si todo salía bien, él mismo asistiría por primera vez a la asamblea—. Te lavaré la herida, comeremos unas bellotas y partiremos en seguida.

Argantio indicó con el dedo que algo más suculento esperaba en la alforja del caballo, y al momento comían torta de cebada y carne ahumada, pensando en silencio en las dificultades que les esperaban. Finalmente Gerión se frotó las manos y tomó el cuenco de agua.

—¡A ver esa espalda! Hummm..., parece que no te hice mal trabajo anoche, está bastante limpio.

La flecha había abierto una desgarradura de tres dedos de largo y se había estrellado contra el omóplato, por eso le había resultado tan sencillo extraerla. No parecía que hubiera causado daños importantes, pero con la torsión la herida se había abierto y sangraba de nuevo. Argantio dijo quedamente:

—¡Vino!

Gerión entendió y trajo de la alforja un pellejo medio vacío. Derramó lentamente el vino sobre la herida limpiándola con la capa del íbero, mientras este apretaba los dientes para contener el dolor. Reservó el final para dárselo a beber al hombre.

—Vámonos. Seguiremos un camino más largo pero más seguro. Podemos tener todavía a esos cartagineses buscándonos en el bosque.

Subió a Argantio con dificultad a la silla, se cargó las armas y ató las dos cabezas a un cordón de cuero, haciéndolas colgar a ambos lados del cuello del alazán. Tomó las riendas y empezó a caminar.

Avanzaron en silencio durante toda la mañana. Gerión dirigía la marcha hacia el oeste manteniéndose alejado de los senderos y se detenía de vez en cuando para escuchar, pero nada halló en el aire distinto de los sonidos y perfumes del bosque. Argantio se mantenía recostado sobre el cuello del caballo, pálido y mudo de dolor, sobrellevando con valentía el sufrimiento.

Pararon a mediodía en una amplia vaguada salpicada de álamos y sauces, entre paredes de arenisca roja, para descansar y comer un puñado de olivas y un trozo de queso. A pesar de que acababan de pasar el solsticio, hacía ya calor, y un suave zumbido de insectos iba y venía entre los árboles. Argantio rompió el silencio:

—¿Cuál es tu pueblo?

—Cirmo. Somos ólcades.

—Bien. Pero tu nombre no es ólcade, ni siquiera celtíbero, y tampoco lo es ese colgante —dijo Argantio señalando al pecho de Gerión—. He visto algunos parecidos, pero hace mucho tiempo y a muchas leguas de aquí. ¿Cuál es su origen?

Gerión se irritó.

—¡Basta ya de preguntas, íbero! ¿Qué eres, un espía? ¡Te he salvado la vida y no haces más que interrogarme sin decir una palabra sobre ti! Dime quién eres y para qué quieres hablarle a la asamblea de Cirmo o te quedarás aquí sentado a esperar a los cartagineses.

Argantio asintió y habló eligiendo cuidadosamente las palabras:

—Mi ciudad, Hélike, está sitiada por los ejércitos de Amílcar Barca. He venido a pedir a las tribus celtíberas ayuda para defenderla.

—¡Hélike sitiada! ¡Sabía que Amílcar subía por el valle del Betis, pero no imaginaba que hubiera llegado ya tan lejos! —Gerión quiso seguir preguntando, pero se detuvo al ver que Argantio respiraba trabajosamente con los ojos entrecerrados.

Los dos quedaron en silencio, Argantio inspirando profundamente para recobrar el aliento y Gerión preguntándose si debía contarle la

historia de su nombre y su colgante a ese desconocido. No sabía por qué, pero de algún modo le inspiraba confianza. «Tal vez más adelante».

Se disponían a ponerse de nuevo en marcha cuando un relincho del alazán atrajo la atención del joven; el caballo se había agitado súbitamente, resoplando e irguiéndose sobre las patas traseras.

Otro relincho le contestó desde el bosque.

Gerión tensó el arco y apuntó hacia el extremo de la vaguada, por donde un instante después apareció un espléndido caballo negro sin jinete.

—¡Por Iuno! ¡Es el caballo de Landíbill! —exclamó Argantio.

Con gruesas gotas de sudor corriendo por su frente, Gerión mantuvo el arco en tensión mirando a su alrededor, mientras el bruto se acercaba hasta ellos. Un gemido de Argantio le hizo desviar la atención hacia el caballo y quedó paralizado de espanto: cuatro cabezas cubiertas de moscas se balanceaban atadas a la silla, una de las cuales llevaba un rollo de pergamino atrapado entre los dientes. Lo tomó sin dejar de vigilar y se lo entregó a Argantio, mientras este murmuraba con voz rota:

—Son mis compañeros...

El oretano tragó saliva y desenrolló el pergamino.

—Está escrito en púnico..., dice: «Soy Magón, capitán de Cartago. Recordad bien mi nombre. Volveremos a encontrarnos».

Las palabras vibraron en el aire cargadas de amenaza.

—No se ha atrevido a adentrarse en el bosque para perseguirnos —dijo Gerión—, pero acaso pretenda volver con refuerzos. Debemos apresurarnos.

—Antes te ruego que entierres las cabezas de mis hombres, yo no puedo hacerlo —dijo el íbero, perdiendo la mirada en la profundidad del bosque—; ruego a los dioses que un día podamos regresar para que reciban los ritos funerarios de los hombres de su pueblo.

Gerión cavó con su espada una profunda zanja en la arena suelta de la vaguada y colocó en ella las cabezas de los íberos, cubriéndolas de nuevo, mientras escuchaba una amarga letanía brotando de los labios de Argantio. Aún no había transcurrido un día desde que encontrara al extranjero herido en el bosque y no habían intercambiado más que media docena de frases, pero se sintió extrañamente conmovido por su dolor. Decidió dar al hombre una muestra de amistad y confianza.

—De acuerdo, te contaré el origen de mi amuleto —dijo Gerión, advirtiéndole que Argantio interrumpía sus plegarias—. Mi familia la fundó

hace muchos años un viajero del sur; llegó con una partida de los suyos huyendo de los cartagineses, y resultó herido en la batalla que se produjo cuando estos les dieron alcance no muy lejos de aquí. Se dice que ya entonces los ólcades lucharon contra los púnicos y los derrotaron.

»Las gentes de Cirmo acogieron a mi antepasado hasta que se recuperó. Pero los suyos se hallaban para entonces ya muy lejos y nunca más partió, permaneció en Cirmo y se convirtió en un celtíbero más: sacó el ganado al campo, guerreó y amó, dio hijos a la tribu y su historia se fue olvidando poco a poco —el rostro de Gerión había cobrado una expresión soñadora y remota, como si él mismo hubiera vivido todo aquello—. Pero aquel hombre le dejó a su primogénito algunas cosas: su propio nombre, Gerión, una espada, este amuleto y una plancha de plomo con signos escritos que nadie en la aldea es capaz de leer; las llamó la herencia de Tartessos. Ese era su lugar de origen, un poderoso país allí donde el Betis se pierde en el océano, pero nadie ha podido decirme nada más sobre él. Yo soy el último de la serie de primogénitos que ha recibido la herencia, y deberé transmitírsela a mi propio hijo junto con la historia que acabas de escuchar. Eso es todo.

Los ojos de Argantio parecieron iluminarse con un fulgor súbito. Inclino la cabeza en señal de reconocimiento y quedó en silencio.

Al atardecer del día siguiente rebasaron un collado del bosque, y ante ellos se abrió la llanura extendiéndose hasta el horizonte, donde una sierra cárdena se difuminaba envuelta en resplandores dorados; un río serpenteaba entre estrechos bosquetes de álamos, olmos y mimbreras, campos verdeantes de cereal y dehesas de encinas. A un tiro de arco se alzaba de la planicie un promontorio de roca caliza cuya cima estaba ocupada por un castro amurallado recorrido por una estrecha calle central con un centenar de casas de piedra amontonadas a ambos lados. Un sendero conducía desde el camino principal hasta la puerta en la muralla que servía de entrada al pueblo, orientada a levante; en el extremo opuesto se alzaba un torreón sólidamente construido con grandes bloques de piedra. Pequeños grupos de hombres y mujeres volvían hacia la aldea conduciendo rebaños de ovejas o con aperos de labranza echados sobre el hombro; arriba, en la calle, se advertía la agitación del final del día y columnas de humo comenzaban a elevarse entre los techos de retama de las chozas.

Habían llegado a Cirmo.

CAPÍTULO III

—¡Es Gerión, ha vuelto, viene con dos caballos y un extranjero!

El niño corrió hacia la aldea levantando una nube de polvo; todos se detuvieron y miraron hacia el este, por donde vieron aproximarse al joven montado en un llamativo alazán, guiando a un segundo caballo con un hombre tendido sobre él. Pronto la mayor parte de los habitantes de Cirmo esperaban arremolinados a ambos lados del camino, murmurando agitados en un hervidero de comentarios y conjeturas. Un hombre alto y fornido, con una larga cabellera ceñida con una cinta cayendo sobre la espalda, salió a recibir a los recién llegados; aunque vestía una simple túnica corta de lana y sandalias de cuero, el torques de plata que lucía en el cuello, los numerosos brazaletes de bronce en ambos brazos y el cinturón de grandes placas atestiguaban su alta posición.

—¡Bienvenido, Gerión! ¡Parece que los dioses te han sido propicios! —exclamó con una voz profunda y poderosa, señalando las cabezas colgadas del cuello del caballo—. Vuelves con dos caballos, un extranjero que parece herido y dos cabezas que si no fuera porque los cartagineses aún están lejos diría que son púnicas. Sin duda tendrás muchas cosas que contarnos —concluyó con la mirada llena de interrogaciones.

—Gracias por el recibimiento, Meronio, me siento muy honrado —respondió Gerión, echando pie a tierra—. Traigo muchas más noticias de las que crees. Pero tendremos que ocuparnos primero de este íbero, antes de que se nos muera y se lleve con él la mitad de la historia.

El pequeño grupo pasó entre los habitantes del poblado, mientras Gerión saludaba sonriente a muchos de ellos. Un joven de su edad se lanzó sobre él y lo abrazó con entusiasmo.

—¡Gerión, has vuelto! ¡Ya empezaba a temer por ti, te quedaba solo un día hasta el plenilunio!

—Deberías haber tenido un poco más de fe, Saunio, sabes que a veces llego un poco tarde, pero siempre llego, y no empieces ya a pre-

guntarme, todos escucharéis mi historia esta noche alrededor del fuego. ¿Dónde están...?

No pudo terminar la frase. Un niño de seis o siete años llegó gritando jubiloso por el camino y de un salto se colgó del cuello de Gerión; tras él descendían más pausadamente una mujer madura y una niña en el umbral de la adolescencia; los tres vestían, al igual que Meronio, sencillas túnicas de lana gruesa y sandalias de cuero.

—Tranquilo, Mímbro, que vas a arrancarme la cabeza y aún no es tu momento —dijo Gerión mientras revolvía alegre el pelo del chiquillo. Levantó la mirada con una sonrisa bailando en ella—. Me alegra ver que estás bien, madre. Y también tú, Irmán.

—Benditos los dioses que te han sonreído, hijo mío. Tu padre se habría sentido orgulloso de ti —la mujer habló con un leve temblor de emoción en la voz—. Pero veo que no vienes solo, ¿debemos preparar acomodo para el extranjero?

—Sí —respondió Gerión antes de que nadie pudiera decir otra cosa. Tenía demasiadas preguntas que hacerle a Argantio como para que se lo llevaran a otro sitio. Levantó la voz dirigiéndose a la multitud que contemplaba expectante la escena—. ¡Este hombre es Argantio, emisario del pueblo de los oretanos! Se quedará como invitado en mi casa hasta que pueda presentarse a la asamblea y los guerreros decidamos qué hacer con él.

Algunos hombres intercambiaron miradas dubitativas; en realidad no sería considerado un guerrero hasta la ceremonia de la luna llena en la noche siguiente, y hasta entonces no tenía derecho a dirigirse a la tribu de ese modo. Solo uno, un hombretón grande como un monte, de largas coletas trenzadas y bigote lacio, protestó en voz alta:

—¡Sabes que eso no puede ser, Gerión! ¡El extranjero debe quedar bajo custodia de un guerrero y tú no lo serás hasta mañana, suponiendo que los dioses te encuentren digno en la ceremonia y que hayas sido tú el que ha cortado esas cabezas!

—¿Estás poniéndolo en duda, Asúrix?

La voz de Gerión sonó cortante como un cuchillo y produjo un tenso silencio. En él se escuchó apenas el susurro de Argantio:

—El muchacho cortó las cabezas de los cartagineses. Ahora tenemos que descansar. Espero que la hospitalidad de los ólcades esté a la altura de su fama.

—Asúrix tiene razón y el extranjero también —intervino Meronio—. Se quedará en mi casa hasta la ceremonia. Después, si así lo

desea, podrá instalarse en la de Gerión. Siempre que consigas tus armas de guerrero —añadió dirigiéndose a este, advirtiéndole con la mirada de que no debía contrariar su decisión.

Argantio asintió y Asúrix dejó escapar un gruñido de satisfacción. Gerión apretó los dientes conteniendo la ira que le brotaba del pecho, entregó las riendas de los caballos a Meronio y echó a caminar sendero arriba, seguido por su familia. «Soy un estúpido —pensó—, he obligado a Meronio a desautorizarme. Debí haber visto a Asúrix entre la gente». Pasó bajo el tosco arco de piedra que servía de entrada principal a Cirmo y enfiló la larga calle principal, pavimentada con grandes losas de caliza. A ambos lados se sucedían las casas, de una sola planta y forma rectangular, con paredes de piedra y tejados de ramas secas con aberturas para dejar escapar el humo del hogar. Los muros traseros estaban contruidos con grandes sillares que formaban la muralla del poblado, mientras que en la parte delantera se abrían escuetos patios que empezaban a ocuparse por los rebaños de ganado que regresaban del campo. Esforzándose por devolver con amabilidad los saludos de quienes no habían bajado a recibirle, Gerión llegó ante una casa de cuyo patio se elevaba ya la barahúnda de balidos con que las ovejas saludan al anochecer; media docena de gallinas picoteaban indiferentes entre montones de leña de encina y herramientas agrícolas. En un lateral, un tejadillo de ramas de mimbre daba cobijo a un viejo caballo que relinchó con fatigada alegría saludando al recién llegado. Gerión se acercó a él y le pasó con afecto la mano por la crin.

—¡Así que aún vives, *Tinto*, temí que decidieras morirte mientras tu amo andaba cazando cartagineses!

Entró después en la casa, cruzando el pequeño vestíbulo atestado de aperos de labranza hasta la estancia principal. A la derecha de la entrada se encontraba el hogar, flanqueado por dos bancos; el contenido de una cazuela burbujecía perezosamente sobre el fuego. Al fondo se alineaban cuatro jergones de paja tras una cortina de fibra de cáñamo. El escaso mobiliario lo completaban diversos cántaros y ollas apoyados contra la pared de piedra desnuda y dos grandes arcones: uno contenía los cuencos de arcilla cocida que utilizaban para las comidas, saquitos de grano y frutos secos y algunos cuchillos de hierro cuidadosamente envueltos en paños impregnados de aceite; el otro, las túnicas y capas de lana gruesa que utilizaban en invierno.

Su hermano Mimbro entró un instante después, seguido por Larima e Irmán.

¡Gerión! —exclamó el niño—. ¿Por qué no intentaste convencer a Meronio? El extranjero estaba de tu parte.

—Siempre hay que saber retirarse a tiempo, hermanito; en realidad Meronio tenía razón. ¿Y tú, cómo te has portado en mi ausencia?, ¿has sabido cuidar de la casa? —dijo, haciendo un gesto de complicidad a su madre. Sintió que recuperaba el buen humor; la admiración incondicional del chiquillo siempre le levantaba el ánimo. Mimbro afirmó enérgicamente con una expresión de dignidad que hizo reír a todos—. ¿Qué tal ha ido todo, madre?

—Todo bien, Gerión; parece que con las últimas lluvias tendremos aún pastos durante algún tiempo y la cosecha será buena. Pero ya empezábamos a temer por ti. Creo que tendrás muchas cosas que contar-nos. ¡Y debes prepararte para la ceremonia de mañana!

—Así es —contestó Gerión, recordando que, a pesar de Asúrix, a la noche siguiente sería un guerrero de los ólcades y Argantio se trasladaría a su casa. «Si es que los dioses me encuentran digno», añadió para sí, recordando las palabras de Asúrix. ¿Qué habría querido decir? Sabía que la ceremonia incluía algún tipo de prueba, pero se trataba de un secreto celosamente guardado por los guerreros. En todo caso pronto lo descubriría—. Sentémonos a cenar —continuó—, ese guiso huele a gloria y hace casi una luna que no tomo una comida como es debido.

Gerión colocó las cabezas de los cartagineses en el alféizar de la única ventana de la estancia y colgó las armas de estacas de madera clavadas en la pared, mientras su madre repartía en cuencos el guiso humeante y Mimbro correteaba a su alrededor, incapaz de contener la impaciencia. Irmán dispuso sobre una tela extendida en el suelo una jarra de agua y una hogaza de pan negro, mirando a su hermano de soslayo, sonrojada de admiración.

Pronto estuvieron todos absortos en el relato de Gerión, quien no dudó en añadir a su hazaña generosas dosis de dramatismo. Su madre le miraba con una mezcla de orgullo y escepticismo mientras Mimbro lanzaba gritos de emoción e Irmán sonreía en silencio. La historia y el guiso estaban llegando a su fin cuando la figura imponente de Meronio apareció en el dintel de la puerta, recortándose contra la noche que se cerraba rápidamente.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Larima —dijo, llevándose la mano al pecho e inclinándose levemente en dirección a la mujer. Todos

le devolvieron el gesto. Miró hacia el joven—. Será mejor que vengas, Gerión, muchos estamos deseosos de escuchar cómo han llegado a tus manos esas cabezas púnicas. Y quién es en verdad el extranjero.

—Sé bienvenido, Meronio —dijo Gerión, asumiendo anticipadamente su papel de jefe del hogar—, ¿cómo está Argantio?

—Está bien; pasó el anciano Brigantio a limpiarle la herida, aplicarle un emplasto de los dioses sabrán qué y dedicarle sus oraciones. Mi Turencia le dio después uno de sus estofados de cordero y se ha quedado dormido como un niño. Pero ya habrá tiempo de hablar, ahora nos esperan.

—En marcha entonces —respondió Gerión.

Salieron al pequeño patio delantero, donde los esperaba Saunio sosteniendo una antorcha de resina que extendía en el aire un penetrante olor a pino viejo; habrían podido pasarse sin ella, pues una luna casi llena empezaba a erguirse sobre los montes inundando Cirmo de un resplandor plateado, bajo el que los muros de caliza parecían cobrar vida.

—¡Aquí llega nuestro héroe! —dijo Saunio, feliz al ver a su amigo. Era un joven alto y corpulento, con el pelo rubio y los ojos azules de las más antiguas familias de Cirmo, aquellas en las que los ancianos aún se expresaban en celtíbero con dificultad y regañaban a los niños en la áspera lengua de los celtas. Tenía otra razón para estar contento: era la primera asamblea de guerreros a la que él mismo acudía, tras haber recibido las armas cinco lunas atrás. Sabía que la hazaña que le había convertido en guerrero no podía compararse a la de Gerión: había matado un jabalí casi por accidente una mañana en que se adentró en un denso encinar recogiendo las últimas bellotas de la temporada. El animal surgió de pronto tras una mata de retamas y cargó contra él, dándole apenas tiempo para apoyar en tierra e inclinar la lanza que utilizaba para varear los árboles; el jabalí lanzó contra la punta de hierro todo el ímpetu de su carrera y murió entre estertores con el asta de madera hundida dos palmos en su pecho. Saunio tuvo que fabricar con ramas unas angarillas y arrastrarlas trabajosamente durante horas para llevar hasta el pueblo el cuerpo del animal. «No estuvo nada mal —pensó— pero parece muy poca cosa al lado de dos cabezas cartaginesas. Gerión siempre encuentra la forma de sorprendernos a todos».

Caminaron los tres por la única calle de Cirmo, en dirección opuesta a la del arco de entrada, sorteando a los niños que jugaban después de la cena y saludando a las mujeres que se asomaban a las puertas.

—Se nos está quedando pequeño el pueblo —comentó Meronio, mientras se acercaban al final de la calle—, ya no cabemos con tantos niños y tan pocas guerras. A este paso tendremos que agrandar la aldea de Ersibannos o fundar otra más al sur, hacia el país de tus amigos los oretanos. Aunque tal vez las noticias que nos traes cambien las cosas, Gerión... Ya hemos llegado. Vas a entrar en este lugar por primera vez: sé respetuoso con los guerreros, responde a sus preguntas y no cuentes a nadie una palabra sobre lo que aquí escuches.

Habían alcanzado el extremo occidental de Cirmo, donde una torre de planta cuadrada dominaba la llanura refulgiendo a la luz de la luna. A unos cincuenta pasos de ella un muro conectaba los dos brazos de la muralla, formando un patio en el que solo los guerreros podían entrar; lo empleaban para reunirse y recluir a los prisioneros que de tarde en tarde traían de sus correrías por tierras de carpetanos, en espera de venderlos como esclavos en los mercados de Ercavica y Arecorata, las ciudades ólcades más próximas. Una pesada puerta de madera de roble con refuerzos de hierro separaba la ciudadela del resto del pueblo, para servir acaso un día como último refugio de los habitantes de Cirmo. Meronio la abrió y entró en un amplio espacio enlosado en el que esperaban medio centenar de hombres, sentados en el suelo alrededor de una hoguera. En el extremo opuesto otra puerta daba acceso al torreón, donde los guerreros se turnaban para mantener una vigilancia ininterrumpida. La planta inferior se empleaba para atesorar la tercera parte del botín de las incursiones, que los guerreros estaban obligados a entregar a la propiedad colectiva, y almacenar una reserva de grano aportada por todas las familias del pueblo, en previsión de años de escasez. Cuando los dioses sonreían a Cirmo con varias buenas cosechas consecutivas, una parte se vendía para adquirir en Ercavica perfumes para las ceremonias religiosas y ganado para las viudas sin hijos varones.

«Están todos —pensó Gerión, conteniendo una sonrisa que habría parecido impropia a los guerreros que le observaban expectantes—, incluso Asúrix, ojalá un día quiera Epona mandarle un rayo desde sus alturas». Se llevó la mano al pecho y saludó solemnemente con una pronunciada inclinación.

Era realmente extraordinario ver una asamblea de guerreros al completo en tiempo de paz, y más aún cuando el centro de atención era alguien que aún no había recibido sus armas. La última ocasión en que todos habían acudido a la ciudadela fue dos veranos atrás, cuando una numerosa partida de arévacos había bajado desde el norte reclutando hombres a la fuerza para sus interminables guerras contra los vacceos. Los guerreros se repartieron por las murallas de Cirmo con las armas bien visibles y Meronio cabalgó solo al encuentro del caudillo arévaco, a quien advirtió de que si no seguían su camino de inmediato deberían vérselas con todo el pueblo de los ólcades. «Elegid si queréis tener a los ólcades por hermanos celtíberos o por enemigos», dijo en una voz tan alta como para ser oída hasta en las murallas, de modo que fueran todos testigos de su hazaña. Los guerreros de Cirmo golpearon ruidosamente las espadas contra los escudos y fue tal el estruendo que el arévaco decidió probar suerte más al oeste, en alguna aldea carpetana menos belicosa. En aquella asamblea Gerión tuvo que mantenerse fuera de la ciudadela como todos los muchachos, tratando de escuchar las palabras que decían los hombres en el interior. Pero ahora era él quien debía hablar, y se propuso hacerlo bien alto para que su historia saltara el muro y se extendiera por toda la aldea.

—Te escuchamos, Gerión —dijo Meronio acomodándose cerca del fuego.

—Ocurrió en los montes al pie de la sierra roja —comenzó Gerión manteniéndose de pie con los brazos cruzados sobre el pecho—. Pensé que sería un buen lugar para encontrar jabalíes, y así fue, pero los machos que probaron el hierro de mi jabalina consiguieron escapar antes de que pudiera rematarlos con la espada.

—Los niños disfrutarán mucho escuchando esa historia, Gerión, pero ahórranosla a nosotros —dijo un hombre pelirrojo con expresión jovial—, no estaríamos aquí si nos hubieras traído una cabeza de jabalí.

Todos rieron y Gerión notó cómo se sonrojaba, rogando a los dioses que nadie se diera cuenta a la luz temblorosa de la hoguera.

—Tienes razón, Tesindro. Es cierto que las cabezas de jabalí abundan en Cirmo —sabía que corría el riesgo de que tomaran su respuesta por una insolencia, pero tampoco estaba dispuesto a que su tío, el único hermano varón de su madre, siguiera tratándolo como a un imberbe. Por las carcajadas que respondieron su ironía, las más ruidosas tal vez las del propio Tesindro, supo que había acertado, y se apresuró a con-

tinuar antes de que nadie pudiera interrumpirle de nuevo—. El caso es que una tarde escuché de pronto gritos y chocar de metales en la distancia y me acerqué a ver lo que ocurría. Desde un otero vi que se estaba produciendo un combate en el cruce del camino de Arecorata. Cuatro cartagineses luchaban contra dos íberos entre varios cuerpos tendidos en el suelo; los íberos parecían estar ya en una situación desesperada. Uno de ellos lanzó un ataque que el segundo aprovechó para escapar por el bosque hacia donde yo estaba, y vi cómo dos cartagineses salían tras él y le alcanzaban con una flecha en la espalda. Sentí que los dioses estaban conmigo y preparé el arco mientras el íbero atravesaba un claro del bosque exactamente al pie de mi otero. Entonces apareció un púnico, y luego el otro, y descubrí que los hombres son mucho más fáciles de matar que los jabalíes —Gerión hizo una pausa saboreando el silencio expectante con que la asamblea seguía su historia, y decidió mantener en silencio la causa por la que se abstuvo de matar al extranjero—. Busqué al íbero herido y, pensando que podría sernos de utilidad, lo llevé hasta un escondite seguro. Le curé su herida como pude y lo conduje hacia aquí a través del bosque, temiendo ser alcanzado por los cartagineses en cualquier momento.

—¿Crees que los púnicos pudieron seguir tu rastro? —preguntó Meronio.

—Sin duda lo intentaron, pero no dejé huellas y los púnicos no se atrevieron a adentrarse en el bosque; estaba oscureciendo y no tenían forma de saber cuántos enemigos había a su alrededor. Al día siguiente encontramos el caballo de uno de los íberos. Llevaba las cabezas de los compañeros de Argantio y un mensaje del jefe cartaginés, un tal Magón, prometiendo venganza.

—¡¿Pero tú te das cuentas de lo que has hecho, insensato?! —intervino Asúrix—. ¡Mataste a dos púnicos, a dos soldados del ejército más poderoso de Ispania! ¡Les arrebataste a su presa y la trajiste hasta el pueblo, acaso con los cartagineses supervivientes detrás de tus talones! O tal vez hayan buscado refuerzos y estén ya en marcha hacia aquí para capturarlo y hacernos pagar tu osadía. ¡Esto puede ser la ruina de Cirmo!

—Los púnicos destruyen a todos los pueblos que no aceptan someterse a su yugo, han demostrado muchas veces que de ellos solo puede esperarse esclavitud o muerte —interrumpió Meronio—. Son nuestros enemigos, Asúrix, y deben morir si entran en nuestro territorio sin ser

invitados. Gerión hizo lo que tenía que hacer, pero es cierto que estamos en una situación peligrosa. ¿Cómo es posible que estén ya tan cerca? Las últimas noticias los situaban aún en el valle del Betis, en los alrededores de Kástulo.

—Argantio dijo que el ejército de Amílcar Barca está sitiando Hélike —dijo Gerión, deseoso de recuperar la iniciativa tras la intervención de Meronio.

Una inmensa conmoción recorrió la asamblea.

—¡No es posible! —gritó Saunio. Hélike era una de las ciudades principales del país de los oretanos, y distaba no más de seis o siete días de marcha desde Cirmo.

Tras una larga ausencia, los cartagineses habían desembarcado de nuevo en Gádir algunos veranos atrás, y habían comenzado a ascender por el valle del Betis, dominando a los pueblos íberos que encontraban a su paso. Los comandaba un general temible, Amílcar Barca, primogénito de una de las más poderosas familias de Cartago, quien se había hecho famoso entre los pueblos de Ispania por su astucia, genio militar y crueldad. A sangre y fuego o por el soborno y el engaño, turdetanos, bastetanos y túrdulos habían caído bajo su dominio, y cada año los viajeros y comerciantes traían noticias de nuevas conquistas. Pero el Betis quedaba muy lejos, y los ólcades de Cirmo habían pensado que aún transcurriría un largo tiempo antes de que la llama que recorría el sur llegara hasta Celtiberia. Con Amílcar a las puertas de Hélike, el peligro de los cartagineses se convertía ya en una amenaza inmediata.

—Argantio ha sido enviado por los oretanos para pedirnos ayuda a los celtíberos. Quiere hablarle a la asamblea de Cirmo —concluyó Gerión.

La inquietud de la asamblea creció hasta convertirse en un inmenso griterío. Todos los guerreros, puestos en pie, hablaban a la vez, haciendo preguntas a Gerión y lanzando gritos de combate. El peligro los convertía en una jauría en la que palpitaban a partes iguales la inquietud y la sed de lucha.

—¡Ya basta, parecéis niños imberbes! —gritó Meronio, haciéndose oír por encima de la turbamulta, que se redujo poco a poco hasta un murmullo expectante—. ¿Acaso creéis que vais a salir esta misma noche a enfrentaros a Amílcar? En primer lugar, deberemos escuchar al extranjero... Argantio. Si viene desde Hélike a hablar con nosotros, tendrá respuestas para muchas de las preguntas que nos hacemos.

Asúrix se puso en pie y habló con los ojos encendidos de cólera:

—No estoy de acuerdo, Meronio. Los ólcades nunca hemos sido atacados por los cartagineses, y acoger ahora a un íbero perseguido por ellos les da una razón para hacerlo. ¡Entreguémosles al extranjero a cambio de que nos dejen en paz! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los oretanos, ese montón de afeminados que no hacen más que corromper nuestras costumbres? Tal vez salgamos ganando si Amílcar los liquida, incluso quizá podamos quedarnos con sus tierras si apoyamos ahora a los púnicos. Es sabido que los cartagineses son implacables con sus enemigos, pero muy generosos con sus aliados. Si no aprovechamos nuestra oportunidad, otros lo harán. ¿No es cierto que en Cirmo ya no queda espacio para nuevas familias y necesitamos encontrar tierras?, ¿es que queréis ver Hélike ocupada por carpetanos, edetanos o turboletas?

Unas voces de apoyo y otras de desaprobación se elevaron entre los guerreros. Meronio y Asúrix quedaron mirándose frente a frente a cuatro pasos de distancia. Desde que algunos años atrás la asamblea eligiera a Meronio como su jefe, nunca nadie había contrariado su criterio tan abiertamente como ahora lo hacía Asúrix, y ello aumentaba la sensación de incertidumbre que se había extendido en la ciudadela.

—Jamás Cirmo ha negado refugio a un herido, Asúrix, y siempre ha luchado abiertamente contra sus enemigos —Meronio habló lentamente, poniendo toda su autoridad en cada una de las palabras que pronunciaba—. Puede que el engaño y la traición sean las armas de otros pueblos, pero las nuestras siempre han sido el hierro y el coraje de nuestra sangre. Nadie te niega el derecho a que los guerreros tomen en cuenta tus opiniones, pero eso será después de haber escuchado al oretano. Y para eso aún tiene que recuperarse de la herida y de la pérdida de sangre. Esta es mi decisión: mañana por la noche será la ceremonia del plenilunio; a la caída del sol del día siguiente nos reuniremos aquí de nuevo para escuchar a Argantio y resolver qué hacer. La asamblea ha terminado.

Todas las miradas se clavaron en Asúrix, quien, tras un instante en que pareció que de nuevo desafiaría a Meronio, sonrió levemente e inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El resto de los hombres expresaron ruidosamente su aprobación y comenzaron a dirigirse hacia la salida de la ciudadela. «Asúrix espera su momento —pensó Gerión preocupado, mientras caminaba con los demás—; no ha hecho otra

cosa que averiguar el apoyo que puede tener en la asamblea y probar la paciencia de Meronio. Pero, ¿cómo puede habersele ocurrido una alianza con los púnicos?» Saunio vino a reunirse con él, impaciente por cambiar opiniones sobre la reunión.

—¡Has estado espléndido, Gerión, tengo que reconocer que me has metido el miedo en el cuerpo! Pero no entiendo aún la actitud de Asúrix: de un solo golpe desafía a Meronio y nos propone pasarnos al bando de los cartagineses. Háblame de ellos, son buenos guerreros; ¿cómo pudiste liquidar a dos tan fácilmente?

—De fácilmente nada, Saunio —contestó Gerión—, lo que pasa es que ya sabes que con el arco no hay quien me gane. Aunque es verdad que, por lo que he visto hasta ahora, tal vez sea Asúrix más peligroso para Cirno que ellos. Me pregunto qué juego se traerá entre manos —caminaron los dos en silencio, perdidos en sus especulaciones—. Bueno, amigo, ha sido un día muy largo y mañana no lo será menos. Parece que vienen acontecimientos más interesantes que la marcha de las cosechas y los partos de las ovejas, y será mejor que nos encontremos descansados.

Habían llegado ya hasta la entrada de la casa de Gerión y se despidieron con un breve abrazo. Saunio continuó su camino y Gerión se detuvo un momento para verlo marchar a la luz incierta de la luna, pensando en todos los años difíciles en que su amistad había sido un apoyo imprescindible; sintió que la gratitud y el afecto le inundaban el pecho. El canto cargado de presagios de una lechuza llegó en brazos de la noche inmóvil, y aquí y allá se escucharon las voces de los últimos grupos de hombres que se resistían a dar por terminada la jornada. «Descansa, Saunio, tal vez no nos sobren ocasiones de hacerlo en el tiempo que viene», dijo para sí, y entró en la casa iluminada solo por los rescoldos del hogar.

CAPÍTULO IV

Gerión despertó y permaneció con los ojos cerrados, disfrutando del olor de la casa, hecha de cuero, barro y ceniza, y de la presencia de los suyos. Torció el gesto al percibir un todavía débil hedor procedente de las cabezas en el alféizar; felizmente serían destruidas ese mismo día. Prestó atención también a los sonidos: su madre dando de comer a las gallinas en el patio, Irmán hablando con alguna amiga en el portón de la calle, más a lo lejos el ladrido de un perro, el balido de una oveja. Y una respiración junto a su cama. Abrió los ojos y encontró a Mimbro mirándolo atentamente.

—Buenos días, Gerión. ¿Qué tal fue todo anoche?

—Todo bien, hermanito, aunque ese malnacido de Asúrix trató de amargarnos la fiesta. Pero no me hagas creer que no sabes nada: seguro que todos los niños del pueblo estabais subidos a las murallas espíandonos —Mimbro negó con la cabeza conteniendo la risa, con una falta de convicción que era toda una declaración de culpabilidad—. Y no me hagas hablar más, porque ya sabes que estoy bajo juramento de silencio.

—Que sepas que aunque yo no he hecho nada, no he podido evitar enterarme de algunas cosas que se cuentan por ahí. Hoy todos los niños de Cirmo quieren estar con el hermano de Gerión el valeroso.

Gerión se sintió de pronto muerto de hambre y se levantó de un salto, calzándose a trompicones unas sandalias de camino hacia la mesa, sobre la que encontró una gran jarra de cerveza, un cuenco de gachas con trozos de carne y dos manzanas arrugadas. Comenzó a comer vorazmente, observado con atención por Mimbro.

—¿Qué harás hoy, hermano? —preguntó el niño—, ¿podré acompañarte?

—Creo que iré a ver cómo se encuentra Argantio y bajaré después a echar un vistazo a la cosecha. Volveré pronto, tengo que estar preparado a la puesta del sol para la ceremonia. Pero acompañarme, ni lo sueñes. Ya has hecho esperar demasiado a las ovejas; seguro que aprovechando la nueva fama de tu hermano se las has encomendado a

cualquiera de tus amigos. ¡Así que en marcha, Mimbro, no te quedes ahí sentado mirándome como un pasmarote!

El niño esbozó un gesto de resignación y salió a la carrera hacia la puerta. Gerión terminó apresuradamente su desayuno y salió a su vez, entornando los ojos al recibir en el rostro la viva luz del sol. Fuera su madre desplumaba una gallina: sin duda quería preparar una cena especial el día en que su hijo recibiría las armas de guerrero.

—Buenos días, hijo. ¿Fue todo bien anoche?

—Sí, madre, más o menos. Supongo que ya sabrás que se aceptó escuchar al oretano en la asamblea cuando se reponga, pero no faltaron dificultades... —respondió Gerión, dando a entender que no podía ser más explícito—. Voy a donde Meronio.

Salió a la calle, vacía a esa hora central del día en la que los habitantes de Cirmo se disponían a almorzar en sus casas o a la sombra de las encinas, en el valle. «Bajaré primero al campo —pensó—, sería descortés llamar a esta hora a la puerta de Meronio». Caminó calle abajo hasta la puerta de la muralla, abierta y sin vigilancia como siempre a pleno día, y continuó por el camino que descendía recorriendo la ladera del promontorio. Hacía un día espléndido y los campos de cebada dominaban el paisaje con su intenso color verde; en el horizonte, difuminadas nubes de polvo señalaban el paso de los rebaños de ovejas. El silencio se poblaba de los sonidos del mundo sin dejar de ser silencio: trinos de pájaros, un balido distante cortando el aire transparente. Gerión disfrutaba siempre de una soledad así; en esos momentos pasaba revista a su vida, a sus sueños y proyectos, y se dejaba llevar por la embriaguez de imaginar que ese esplendor duraría siempre. Pero se avecinaba un tiempo lleno de cambios: tal vez en cuestión de días estarían en guerra y recordaría ese momento como algo perdido. La sola idea de la guerra sirvió para animarle; la aventura le atraía con un poder inexorable, independientemente del precio que debiera pagar por ella. La guerra era el yunque en el que cada guerrero forjaba su honor, y él estaba impaciente por hacerlo. No entendía bien, sin embargo, lo que había en el corazón de los cartagineses. «¿Qué empuja a los hombres a ir a jugarse la vida a miles de millas de su aldea, su tribu, del suelo donde yacen sus antepasados?»

Por supuesto, sabía como todos lo que buscaban los púnicos en Ispania: oro y plata para sus joyas, hierro y estaño para sus armas, hombres y caballos para sus ejércitos; pero le intrigaba la sed de conquista

que llevaba a ese pueblo a tantos sacrificios propios y ajenos, a verter tanta sangre en tierras remotas. «Tal vez seamos todos como ellos, y las ambiciones dependan solo de lo grande que sea el poder que las invente —se dijo, recordando los ataques de sus ólcades de Cirmo contra las más frágiles o desprevenidas aldeas vecinas—. ¿Qué se le habrá torcido al hombre dentro para sentirse tan atraído por la muerte?» Sacudió la cabeza para alejar de sí esas ensoñaciones, incomodándole ese impulso suyo que le llevaba una y otra vez a hacerse preguntas sin respuesta, a buscar la compañía y conversación de Brigantio, el anciano que hacía el papel de sacerdote, médico y consejero espiritual de Cirmo.

Devolviendo su atención a los campos que le rodeaban, tomó el camino del río y no tardó en llegar junto a una estrecha franja de tierra colmada de brillantes brotes de cebada. «Realmente tiene buen aspecto», pensó, y continuó después hacia los huertos de la ribera, donde contempló las pulcras hileras de cebollas y zanahorias y los cuatro manzanos que había plantado con su padre cuando era niño. Regresó pausadamente al pueblo, disfrutando del paseo y saludando a cuantos veía, pero sintiendo ya una punzada de expectación ante los acontecimientos que le traería la caída de la noche.

Poco después Gerión se asomaba a la puerta de la casa de Meronio, encontrando a la mujer de este amasando harina de cebada en grandes tortas que después cocería sobre piedras aplanadas, ya colocadas junto al fuego.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Turencia —saludó—, ¿está Meronio?

—Hola, Gerión, ya sabes cuánto me alegra que también la frecuenten tú —contestó la mujer—. No, no está Meronio, ha salido de caza, pero imagino que en realidad a lo que vienes es a visitar a tu oretano.

Gerión enarcó las cejas y sonrió. Le encantaba Turencia: ninguna otra mujer de la aldea le trataba con tanta complicidad y desenvoltura.

—Está ahí dentro —continuó ella, conduciéndole al fondo de la sala, donde con dos pieles colgadas del techo habían improvisado un estrecho espacio para dar a Argantio un mínimo de tranquilidad en aquella casa sobrada de gente y ajetreo. Gerión apartó las pieles y encontró al íbero tendido en un jergón, con el torso desnudo rodeado por un aparatoso vendaje, pero despierto y bienhumorado. Ambos se alegraron visiblemente al volver a encontrarse.

¡Argantio, por los dioses que tienes buen aspecto, parece que no te tratan mal en esta casa! —dijo Gerión, sentándose en el suelo de tierra—. Espero no tener que obligarte para que vengas mañana a la mía.

—Tendré que pensármelo, tal vez tengas que traerme un guiso de los tuyos para poder comparar —contestó el hombre riendo—. Es verdad que sentiré marcharme, pero también deseo que tengamos tiempo para conversar. ¿Cómo están las cosas en Cirmo? Meronio se ha negado a contarme nada, excepto que mañana deberé presentarme ante la asamblea.

—Yo tampoco puedo hacerlo, Argantio, las reuniones de los guerreros son secretas —dijo Gerión, haciendo un gesto hacia fuera, donde se oía a Turencia atareada—. Tendrás que tener cuidado con Asúrix —añadió, bajando la voz hasta casi un susurro—. Me refiero al hombre de las trenzas que se opuso a que te instalaras en mi casa.

—Me parece que también tú —respondió Argantio con una interrogación en la mirada—. Su recibimiento de ayer por la tarde no fue demasiado amistoso; se diría que tenéis alguna cuenta pendiente. Ya sé que eso no es asunto mío, pero al menos debes explicarme por qué es una amenaza para mí. Me gustaría conocer el terreno que piso cuando acuda a la asamblea.

—Supongo que tienes razón —dijo Gerión tras un instante de silencio—. Asúrix es uno de esos celtíberos que opinan que todo lo bueno que tenemos procede de los celtas, y todo lo malo de los íberos; de hecho, se considera a sí mismo celta por encima de todo. Su abuelo fue un guerrero vacceo que cayó prisionero en una escaramuza cerca de Ercavica y pasó años trabajando en los campos como una mula hasta que pudo comprar su libertad. Para entonces, le habían llegado noticias de que, dándole por muerto, otro vacceo había tomado a su mujer por esposa, y decidió quedarse entre nosotros como hombre libre. Pero nunca perdonó al guerrero que lo derrotó y lo trajo cargado de cadenas desde Ercavica: Gerión, el padre de mi padre. Por esa antigua afrenta los descendientes del vacceo han arrastrado un amargo resentimiento hacia mi familia y han aprovechado cualquier oportunidad para causarnos daño; Asúrix me odia y yo le odio a él —concluyó, con un timbre oscuro en la voz.

—Entiendo —dijo Argantio, asintiendo gravemente—. Imagino que no será el único en Cirmo que desprecie a los íberos —añadió, tratando de empujar a Gerión a continuar hablando.

No, no es el único —respondió el muchacho—. Es cierto que nuestras costumbres están cambiando: los mercaderes íberos traen a Celtiberia ropajes, joyas y herramientas que deslumbran a muchos. Incluso hay quienes cultivan plantas desconocidas traídas de la costa, adoran a dioses nuevos y consideran anticuadas las viejas tradiciones que nos enseñaron nuestros padres. No te será fácil encontrar aldeas ólcades donde un joven aún precise conseguir una cabeza para convertirse en guerrero, como ocurre en Cirmo.

—Parece que tampoco a ti te gustan mucho los cambios —interrumpió Argantio.

—Desde luego, no todos; creo que los celtíberos debemos seguir siendo lo que hemos sido siempre. Pero hay cosas buenas que sería estúpido rechazar, como los nuevos arados, o el vino, o esa habilidad asombrosa de representar con signos las palabras que decimos. Además, el primer Gerión fue también un extranjero venido de tierra de íberos, y no fueron pocas las novedades que, según dicen, terminó por hacer corrientes en Cirmo. También por eso nos odia Asúrix.

—Tartessos no fue tierra de íberos, Gerión —señaló secamente Argantio—. Nunca ningún pueblo íbero ha soñado con parecerse a lo que fue Tartessos en su tiempo de esplendor, antes de que los malditos púnicos llegaran con sus ejércitos africanos para robarnos las minas, las vegas fértiles, los rebaños de ganado —el hombre se interrumpió de pronto, advirtiendo su imprudencia.

—¿Robarnos? —preguntó Gerión, perplejo por el curso que había tomado la conversación. No solo Argantio parecía conocer perfectamente el lugar del que llegó su antepasado, sino que había hablado de aquel como de algo extraordinario y propio; sintió que la irritación le crecía de pronto en el pecho, al advertir que la sinceridad con que se había comportado no era correspondida—. ¿Qué tienes tú que ver con Tartessos?, ¿cuántas cosas me ocultas, extranjero? —dijo, levantando la voz.

—Tranquilo, Gerión —murmuró Argantio, indicando con gestos que Turencia debía haberle escuchado, y continuó con un tono casi inaudible—, no debes desconfiar de mí. Te contaré todo lo que desees saber sobre Tartessos cuando estemos a solas y creo que también tú podrás darme más información de la que imaginas. Tal vez la lámina de plomo de tu antepasado pueda respondernos a los dos muchas preguntas.

Gerión contempló al oretano en silencio, conteniendo una intensa agitación.

¿Crees que serás capaz de leerla? —preguntó al fin. Ignorante de los secretos que pudiera contener, su familia había sido siempre muy reticente a mostrar la lámina, pero sabía que en una ocasión su padre la había llevado para que la examinaran los sacerdotes de Ercavica y ninguno había sido capaz de descifrar los angulosos símbolos que la cubrían. El recuerdo de su padre le trajo a la memoria las muchas advertencias que este le había hecho para que solo a personas de completa confianza permitiera contemplar el documento. «Argantio ha cometido una torpeza y yo otra —pensó—; habrá tomado mi pregunta por una invitación para verla, y aún no estoy seguro de que deba hacerlo».

El oretano advirtió la preocupación de Gerión y comprendió que debía ser más cauteloso si no quería que esta se convirtiera en desconfianza.

—Tal vez, pero diría que ahora tienes cosas más urgentes en las que pensar; además, me has hecho hablar más de la cuenta y creo que voy a necesitar otro estofado de cordero para recuperarme —dijo despreocupadamente—. Ya habrá tiempo más adelante para que le echemos juntos un vistazo si lo deseas.

—Creo que tienes razón, debo irme. Una sola pregunta más: ¿dónde has aprendido a hablar así nuestra lengua?

Dada la proximidad de la frontera entre los mundos celtíbero e íbero y sus frecuentes relaciones comerciales y militares, era muy corriente que unos y otros tuvieran un conocimiento rudimentario de la lengua de sus vecinos, e incluso no era extraño que se produjera intercambio de palabras entre ellas. Pero el dominio que Argantio mostraba del idioma celtíbero le parecía a Gerión realmente extraordinario.

—He pasado algunos años recorriendo Celtiberia en busca de metales —contestó el íbero—; es asombroso todo lo que contienen estos montes vuestros: plomo, estaño, plata y oro, casi cualquier cosa. Los oretanos somos buenos metalúrgicos y siempre estamos interesados en encontrar nuevas fuentes de suministro. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí. Pasaré mañana por la mañana a buscarte —dijo el joven ólcade, haciendo un gesto de despedida.

—Estaré preparado. Que los dioses te sean propicios esta noche, Gerión.

—Y también a ti; ¿sabes ya que probablemente no te será fácil descansar? —Argantio negó con la cabeza—. En el primer plenilunio después de la noche más corta del año todas las familias de los ólcades hacen sacrificios frente a sus casas y danzan hasta el amanecer. Es una

lástima que no estés en condiciones de disfrutar de la ceremonia, tal vez consiguieras atraernos también la protección de tus dioses íberos —dijo Gerión con tono divertido mientras se alejaba hacia la puerta.

En el mismo instante en que el último rayo de sol se disolvía en lo alto del torreón de Cirmo, un bramido metálico retumbó frente a la casa de Gerión. «Ya están aquí», dijo Mímbro, mientras su hermano se levantaba de la mesa y comenzaba a descolgar las armas de la pared. Larima se acercó a Gerión y le entregó una bolsa de piel con las dos cabezas cartaginesas en su interior.

—Tengo que reconocer que me alegra perderlas de vista —dijo sonriendo—. Rogaré a los dioses para que no tengas ningún contratiempo; piensa en tu padre, su espíritu no estará lejos —la mujer abrazó brevemente a Gerión.

Este asintió, abrazó a sus hermanos y salió al exterior. En la calle esperaba Brigantio, vestido de túnica negra y tocado con una corona en la que se entretejían espigas de trigo y colmillos de lobo; le acompañaban dos jóvenes guerreros, los últimos en recibir sus armas: su amigo Saunio, que portaba una gran tuba de bronce, y Tirtanios, igualmente compañero de correrías, con una flauta de doble caña del mismo metal. Todos se saludaron con el gesto ritual y echaron a caminar calle abajo sin intercambiar una palabra, mientras Saunio y Tirtanios arrancaban turbios gemidos de los instrumentos, que hacían asomarse a las puertas a los habitantes de Cirmo. Descendieron hasta el río y, tras vadearlo, llegaron hasta un muro rocoso de cuya base partía una escalera tallada toscamente en la caliza. «Hasta aquí llega lo que he visto desde la muralla durante todos estos años», pensó Gerión. Pocas cosas le habían atraído tanto como ver salir a los muchachos de la aldea camino de su mayoría de edad, y ahora era él quien iba en busca de la suya. Por supuesto, a todos los niños les abrasaba la curiosidad por saber lo que había más allá del último peldaño, pero sabían que eso podría atraer sobre ellos la cólera de los dioses y de los hombres de Cirmo: si eran descubiertos rebasando el primer escalón, perderían para siempre la posibilidad de convertirse en guerreros.

Los cuatro comenzaron a ascender por la escalera y tras unos minutos de arduo esfuerzo, que arrancaron roncosp jadeos del pecho de Brigantio, se encontraron en un ancho repecho alfombrado de hierba; tras él continuaba el cortado vertical hacia los altos páramos que se

extendían al norte de la aldea. Gerión miró a su alrededor. En el centro de la pradera bailaba un fuego muy vivo que iluminaba en el anochecer a los hombres de Cirmo, distribuidos de pie en su derredor; entre ellos destacaba Meronio, con los brazos y el cuello cubierto de brazaletes y torques de plata y bronce. Gerión observó que tanto el jefe como los demás llevaban su armamento completo: el pequeño escudo circular de madera, cuero y metal, la espada corta, la coraza reforzada con discos de bronce y la jabalina con punta de hierro; algunos portaban además un arco cruzado a la espalda. Tras la pradera se extendía un bosque de grandes enebros en el que a la luz incierta se entreveían estelas de piedra. En la base del risco se abría una alta caverna que había sido excavada dejando en su centro un afloramiento de roca viva cincelado para conformar un altar con una depresión en forma de cubeta en su centro. El fondo de la caverna se estrechaba en una hornacina que alojaba la estatua de un dios erguido con aire feroz y lo que parecía ser una cabeza cortada en la mano. «El templo de Cosus, me lo imaginaba». Nadie como el dios de la guerra, de la protección de la comunidad y de su asamblea de hombres para entregarle sus armas a un guerrero.

El pequeño grupo de recién llegados se abrió paso entre los hombres inmóviles y se detuvo frente a Meronio. Brigantio habló entonces y su voz sonó clara y solemne, arrancando tenues ecos de la pared rocosa:

—¡Guerreros de Cirmo: aquí os traigo a uno que quiere ser de los vuestros!

—¿Creen los dioses que es digno? —preguntó Meronio.

Como si la pregunta se tratara de una señal, Saunio y Tirtanios dejaron sus instrumentos en el suelo y corrieron hasta el bosque, del que volvieron con un cordero lechal que entregaron a Brigantio. El anciano ignoró los balidos lastimosos del animal y tomándolo en los brazos ascendió hasta el altar, extrajo un cuchillo de su túnica y quedó inmóvil mirando fijamente hacia el poniente.

Todo quedó en silencio en ese instante: se detuvo el zumbido de los insectos, el ulular de los autillos, el susurro de la brisa entre los enebros, la respiración de los hombres, como si el mundo entero contuviera el aliento a la espera de algún acontecimiento.

En ese silencio expectante transcurrió el tiempo, hasta que un halo lechoso apareció a lo lejos dibujando la línea quebrada del perfil de la sierra y, tras él, el disco céreo de la luna llena. Desde Cirmo llegó un amortiguado clamor: en ese instante el pueblo entero se lanzaba a

la calle central para disimular con sacrificios, gritos y bailes el vértigo amedrentado que sembraba en los corazones ese frío rostro colgado del cielo. A pesar del ruido distante, el silbido del cuchillo de Brigantio rasgando el aire y el balido roto del cordero atrajeron la atención de los hombres. La sangre brotó a borbotones del cuello del animal y formó un charco denso y oscuro en la pila de piedra. El anciano abrió después un limpio corte en el vientre de la víctima y observó su interior con atención, murmurando una letanía de palabras que nadie llegó a entender. Miró después hacia los hombres y habló con una antigua autoridad en la voz:

—Los dioses aprecian al muchacho y reconocen como legítimo el presente que hoy les trae. Le hablarán con el agua y el fuego, y si él escucha será un guerrero y vosotros le trataréis como igual.

—Deja aquí tus armas, quítate la ropa y acompáñame —dijo Meronio dirigiéndose a Gerión, al tiempo que encendía una antorcha en la hoguera; el joven comenzó a sentir por primera vez una tensa inquietud. «¿Si escucho a los dioses? ¿Se trata de otra prueba? Bueno, todos los demás han pasado por ello, de modo que no puede ser tan malo», pensó tratando de tranquilizarse mientras amontonaba sus pertenencias en la hierba. Quedó desnudo, pálido como un espectro a la luz de la luna, con solo el colgante de Tartessos brillando tenuemente sobre su pecho. Echó a andar rápidamente para alcanzar a Meronio, quien se adentraba ya en el bosque; todos los hombres les siguieron en silencio. Se sorprendió al ver que el lugar era más grande de lo que había imaginado: había repartidas aquí y allá docenas de estelas con símbolos grabados y urnas de distintos tamaños casi ocultas por la hierba.

—Aquí están enterradas las cenizas de tu padre —dijo Meronio deteniéndose junto a una estela, proyectando sobre ella la luz de la antorcha—. Recibió los ritos que le corresponden a un guerrero celtíbero muerto noblemente.

Gerión sintió que un nudo de emoción le brotaba en la garganta. Entre los ólcades solo los guerreros podían hollar el suelo sagrado de la necrópolis, y había tenido que esperar durante mucho tiempo este encuentro. Le vino de golpe a la memoria aquel día terrible, seis años atrás, en que al caer la tarde trajeron al pueblo el cuerpo agonizante de su padre: había partido días atrás con un grupo de hombres a saquear en el país de los carpetanos, al oeste de Cirmo, y en un combate desafortunado un guerrero enemigo le había hundido una jabalina en el

costado. Si hubiera muerto allí mismo, su cuerpo habría sido abandonado en el campo de batalla como era costumbre en los pueblos celtíberos, para que los buitres acercaran su espíritu a las alturas celestes e hicieran más breve el camino, pero se desangró en cambio lentamente de regreso a casa, donde murió al día siguiente. Los compañeros de su partida se llevaron el cuerpo para realizar los ritos funerarios, y él debió quedarse en casa llorando con su madre y hermanos la amargura de no poder acompañarlos.

Observó la estela, escuchando los latidos de su corazón en el silencio respetuoso que mantenían los hombres: en la parte superior tenía grabado el nombre que también era el suyo, *Gerión*. En el centro, estaban representados un hombre subiendo a un carro, un cuerpo tumbado y algunas armas repartidas a su alrededor. «Al fin volvemos a encontrarnos, padre. Pronto otro Gerión será guerrero de Cirmo», juró en silencio.

—No podemos detenernos más ahora, podrás volver cuando quieras si escuchas a los dioses —dijo Meronio suavemente, y continuaron caminando por el bosque cada vez más estrecho hasta que los árboles dieron paso a una angosta franja rocosa con la que terminaba el repecho en que se encontraban; tras ella el cortado continuaba ya sin interrupción verticalmente. El extremo daba la impresión de estar suspendido en el aire, y había sido excavado para formar una pileta alargada. Una gran losa lo cortaba perpendicularmente, dejando en su base una entrada semicircular que daba acceso a una pequeña cámara con el techo de piedra al ras del suelo.

—Entra ahí —dijo Meronio a Gerión señalando la abertura—. Recibirás un mensaje de agua y otro de fuego, debes escucharlos hasta que se abra de nuevo la puerta.

Gerión se tendió en el suelo y reptó al interior de la cámara: el espacio era tan reducido que tuvo dificultad para colocarse en cuclillas, en una posición mínimamente soportable. Desde el exterior alguien colocó un bloque de piedra frente a la abertura y selló los intersticios con arcilla, dejando el espacio interior completamente a oscuras. Comenzó a transcurrir el tiempo sin que nada ocurriera hasta que, de pronto, un rayo de luna se abrió paso por un pequeño orificio circular en el techo e iluminó la cara de Gerión. «Han quitado la tapa que lo ocultaba —comprendió—, ¿qué vendrá ahora?»

Como respondiendo a su pregunta se escuchó un borboteo y un líquido frío comenzó a caer encharcando el suelo; Gerión se humedeció un dedo y se lo llevó a los labios. «Agua, aquí llega el primer mensaje». El nivel comenzó a subir en la cámara cubriendo su cuerpo lentamente, hasta que solo manteniendo la cara pegada al techo pudo seguir respirando. «Con el próximo cántaro se acabará el aire. Esa es la prueba». Inspiró profundamente un instante antes de que ocurriera lo que había previsto; por un momento contempló la luz plateada espejeando en el agua y de nuevo quedó a oscuras. Trató de mantenerse relajado y sereno, buscando cualquier cosa en la que pensar para apresurar el paso del tiempo. Poco a poco su pecho comenzó a agitarse, como si un animal en su interior luchara por salir, extendiendo escalofríos por todo su cuerpo. Una nube de puntos de luz se reunió tras sus párpados, girando en un silencioso remolino. Se concentró en el movimiento para no dejarse llevar por la angustia; sintió que algo iba a estallarle dentro.

Entonces, como por una voluntad ajena a la suya, le brotó en el recuerdo la imagen de su padre, vigoroso y sonriente, mirándole a los ojos, hablándole con su voz cálida y vibrante, como metal largo tiempo expuesto al sol... «Llegan tiempos turbios, hijo mío, tiempos de dolor, de pérdida, pero también de gloria para quienes sepan merecerla». Gerión manoteó a su alrededor, tratando de rasgar la oscuridad que lo envolvía, buscando el origen de las palabras que latían a su alrededor. «Habrás de saber precaverte de la traición incluso en el seno de nuestro pueblo; recuerda que mis enemigos son también los tuyos». ¿Gloria, traición, enemigos...? Un abismo de inconsciencia lo atraía, tiraba de él. «Y no subestimes el coraje de los de tu linaje. Sé siempre un guerrero noble y valiente... y no dejes de escuchar».

Gerión se estremeció en un espasmo agónico y quedó inmóvil, con el corazón desbocado. El pensamiento comenzó a deshilachársele en una bruma turbia y sin límites...

«¡Y no dejes de escuchar!»

En el silencio de la cámara, oyó un burbujeo ascender junto a su oído. Un burbujeo.

Aire.

En un destello de lucidez comprendió lo estúpido que había sido: acercó los labios al techo y encontró una pequeña bolsa de aire, respiró ávidamente tragando no poca agua, tosió y volvió a respirar. «¿Cómo no me di cuenta antes? —se preguntó—, la cámara filtra agua lenta-

mente por las juntas de las losas». Recuperando la serenidad, trajo a la memoria todo lo que había escuchado en aquel silencio denso y oscuro. «Gracias, padre. Te juro por todos nuestros dioses que seré un guerrero del que puedas sentirte orgulloso allá donde estés. Tuyo ha sido el mensaje del agua, ¿cuál será el del fuego?»

Esperó. «La muerte no debe ser algo muy distinto a esto —se dijo—, aguardar a los dioses en mitad de la noche». Pasó un largo rato antes de advertir que la bolsa de aire de la que respiraba, cada vez más amplia, parecía haberse templado. Acercó la mano a la losa del techo y no le cupo duda: estaba caliente; escuchó atentamente y le pareció oír el crepitar de una hoguera por encima de él. Se quedó esperando, en la posición más cómoda que pudo encontrar, a lo que tuviera que llegar. Poco a poco el calor se hizo más fuerte: el agua se mantenía tibia, pero el aire que entraba en sus pulmones empezaba a quemarle la garganta y el pecho. Resistió hasta que sintió que se mareaba y cerró los ojos... Y allí estaba otra vez, de nuevo la constelación de destellos de luz flotando en la oscuridad, adoptando algo parecido al contorno de un rostro, agitándose con una vibración que le susurraba palabras dentro del cráneo. Supo inmediatamente de quién se trataba. «Nunca terminan de conocerse los prodigios del fuego. Puede extinguir las vidas de los hombres, pero también purificar sus almas para mostrarles el camino de los dioses». El primer tartesio de Cirmo, el Gerión que dio nombre y linaje a su familia. Quiso preguntarle en voz alta cuál era el propósito del fuego en esa noche de plenilunio, pero no encontró palabras: el calor ardiente de la cámara parecía haberle sellado los labios con metal fundido. «También permite llevar al corazón de los hombres las voces que han sido, siempre que exista la voluntad de creer en ellas». Gerión asintió aturdido; trató de sumergir la cabeza y tragó agua, tosió con violencia y se llenó los pulmones con una bocanada de aire que lo incendió por dentro. «Puedes confiar en el forastero que viene del mediodía: aunque su pueblo ha cambiado mucho, él ama aún el lugar del que yo vine y podrá entender mis palabras, muéstraselas; hay algo en ellas que necesitaréis pronto. Y dile que la tribu perdida llegó a su destino, aunque algunos quedamos atrás. Están en la última tierra de poniente, al norte del río del olvido. Ahora resiste y con la luna vendrá la vida».

Gerión se sintió rodeado por un silencio rojo y palpitante, se tapó el rostro con las manos y contuvo una vez más el aliento para evitar

inspirar un aire que quemaba como la vaharada furiosa de una hoguera. Aguantó más allá de lo que creía posible, y cuando el pecho parecía rasgársele por la mitad, escuchó un roce de piedra contra piedra y un haz de luz plateada rasgó la oscuridad.

«Con la luna vendrá la vida».

La luna brillaba a través del orificio del techo de la cámara.

Acercó los labios y bebió del aire fresco que entraba por él, sintiéndolo derramarse por su cara ardiente como un bálsamo. Escuchó un fuerte golpe contra la losa frontal y el nivel del agua comenzó a descender rápidamente.

El agua se derramó a borbotones sobre el suelo enlosado y tenues vaharadas de vapor se elevaron de ella al contacto con el aire frío de la noche. Amontonados a un lado de la cámara, los rescoldos mal apagados de una hoguera llenaban el aire de ese olor a ceniza mojada que queda flotando en los pueblos después de los incendios. Los hombres se arremolinaron alrededor de la abertura y esperaron mudos de tensión hasta que dos pies asomaron por ella. «¡Está vivo!», pensó Saunio. La única vez que había asistido al ritual le había tocado ocupar él mismo el interior de la cámara y no podía fiarse de su propio juicio para comparar, pero le había parecido que algunos hombres, entre ellos el propio Brigantio, se habían cruzado miradas de preocupación ante la formidable hoguera que Arskoro, hijo de Asúrix, había alimentado sobre la gran piedra plana que formaba el techo del cubículo. «Seguro que ha intentado llevar al límite la prueba del fuego, su padre se habría alegrado si Gerión no hubiera resistido».

Arrastrándose sobre la espalda con dificultad, Gerión salió al fin al aire libre, jadeando ruidosamente.

Despegó los párpados y los resplandores de las antorchas bailaron desenfocados ante sus ojos; trató de levantarse, pero un mareo le hizo desistir. Sintió que unas manos le tomaban de las axilas y le ayudaban a ponerse en pie. Alguien vació un cántaro de agua fresca sobre su cabeza y escuchó junto a él la voz tranquilizadora de Meronio:

—Ya ha pasado lo más difícil, Gerión, espero que hayas aprendido algo de los dioses —dijo con un levísimo tono de interrogación en la voz. El joven asintió, advirtiendo que poco a poco el rostro del jefe se hacía más nítido ante él—. Pero aún nos quedan cosas que hacer, debemos continuar —añadió Meronio iniciando el regreso.

Gerión echó a andar junto a él, sintiendo en las piernas pinchazos de dolor que le recordaron la incómoda postura en la que había permanecido en la cámara, y todos los demás les siguieron levantando un rumor de murmullos entre las hojas nuevas del bosque—. «Ya hay otro guerrero Gerión en Cirmo, padre —dijo para sí al pasar junto a la estela que llevaba su nombre—. Como me dijiste, no dejé de escuchar». Sacudió la cabeza de un lado a otro, consciente de pronto de la magnitud del cambio que la experiencia de la cámara había obrado en él.

Supo que para ser un guerrero no es bastante acabar con los enemigos. Además es preciso saber escuchar con el espíritu la voz de los muertos.

De regreso a la pradera del altar de Cosus, Meronio esperó a que Brigantio y los demás guerreros formaran junto a él un círculo rodeando tanto la hoguera como a Gerión, y con una fuerte voz que arrancó ecos del acantilado dijo:

—Ahora debes ofrecer a los dioses del fuego las cabezas que trajiste como prueba de tu virilidad, y a los del agua, el arma con que las cobraste.

Sin un titubeo Gerión se agachó sobre el montón de armas y ropajes que había dejado allí al inicio de la noche, empuñó el arco de madera de álamo y la bolsa de flechas y caminó hacia el borde del promontorio, atravesando el corredor que le abrieron presurosos los hombres. Al llegar a él gritó:

—¡Rinla y Epona, diosas del agua, la noche y la muerte, os entrego mis armas! —y lanzó el arco y las flechas a la oscuridad; poco después se escuchó un chapoteo cuando se hundieron en la corriente del río.

Regresó junto a la hoguera y, abriendo la bolsa de cuero, sacó las cabezas de los cartagineses. Tras cuatro días, tenían un aspecto arrugado y oscuro, y desprendían un intenso hedor.

—Cosus, dios de la hermandad de los guerreros; Bandua y Luc, dioses de la luz, el fuego y la guerra: os traigo la prueba del sacrificio —dijo, y lanzó las cabezas al corazón de las llamas, levantando un vivo chisporroteo y una columna de humo con el olor amargo del pelo quemado. Comprendió que ya había hecho todo lo que había que hacer y se sintió de pronto sereno y cansado; la tensión había mantenido la fatiga a raya y ahora esta llegaba a cobrarse su pieza, corriendo como los lobos por los páramos a la luz de la luna. Meronio se acercó a él con una espada refulgiendo sobre las palmas de las manos. Parecía un arma

excelente, con el brillo característico del mejor hierro de los montes Belos del norte y una hermosa empuñadura con incrustaciones de plata y cobre rematada con dos pequeñas esferas de bronce.

—¡Esta es tu espada de guerrero, Gerión de Cirno! —exclamó Meronio sin poder ocultar su regocijo, y en voz baja añadió—: Le prometí a tu padre que esto ocurriría un día.

Gerión tomó la espada y la observó con admiración: era realmente una pieza magnífica.

—¡Gracias, hermanos guerreros de Cirno, nunca dejaré esta espada de estar a vuestro lado! —gritó, desbordado de orgullo. Como si despertaran de un hechizo, los hombres comenzaron a acercarse para felicitarle con grandes risas y palmadas en la espalda; incluso Asúrix le dirigió un gesto cortés. Algunos aparecieron desde el fondo de la caverna acarreado barriles de *kelia*, la fuerte cerveza ritual que se consumía en todas las celebraciones, y ofrecieron a Gerión un gran cuenco lleno hasta el borde de líquido espumoso. Bebió y sonrió ampliamente, levantando la mirada hacia el cielo cuajado de estrellas como hacía siempre que temía dejarse llevar por la soberbia. «Del cielo inmenso se aprende humildad», pensó, extendiendo los brazos para recibir el abrazo de Saunio y Tirtanios, quienes se aproximaban hacia él.

—Enhorabuena, amigo mío, no sabes cuánto esperaba este momento —dijo Saunio llevándose la mano al pecho con exagerada reverencia y lanzándose después a abrazar a Gerión—, al menos ya somos tres para empezar a pensar en excursiones guerreras. ¡Por los dioses, se me olvidaba que tengo un regalo para ti, especialmente traído de las fundiciones de Segontia —exclamó jovialmente, y extrajo de su túnica un torques de bronce decorado con un fino hilado y dos piezas macizas rematando los extremos del arco—; espero que puedas llevarlo muchos años contigo.

—Gracias, Saunio —contestó Gerión mientras se colocaba el torques en el cuello—, y si lo que queréis son excursiones guerreras, creo que no voy a defraudaros. Pero ahora vamos a divertirnos, que esta es una noche de celebración y no de hacer planes —añadió, empujando a sus amigos hacia el círculo de guerreros que cantaban y bailaban alrededor de la hoguera. Sintió que se le evaporaba la fatiga y una ligereza desconocida le inundaba el cuerpo.

«Debe de ser la *kelia*», reflexionó vagamente mientras comenzaba a bailar.

CAPÍTULO V

Cuando Gerión llegó a casa de Meronio, encontró a Turencia atareada en el patio. Tan pronto como le vio, la mujer le saludó con una formalidad muy alejada de su habitual camaradería. El joven respondió con una amplia sonrisa.

—Que los dioses frecuenten esta casa, Turencia. Y no hace falta que estés tan seria: soy Gerión, ¿recuerdas? —la mujer sonrió al fin—. ¿Está preparado Argantio?

—¡Claro que lo estoy! —exclamó el oretano desde la puerta, dirigiéndole una elegante inclinación de cabeza en señal de reconocimiento a su nuevo rango—. Parece que mi amigo Gerión se ha convertido en guerrero de Cirmo —añadió, señalando la espada reluciente que colgaba del cinturón del joven en una funda guarnecida con discos de hierro—. Espero que tus dioses fuesen más indulgentes contigo que conmigo; como me advertiste, no he podido pegar ojo entre tanta barahúnda de plenilunio.

—Hola, Argantio, me alegra verte de tan buen humor a pesar de todo —contestó Gerión. Desde la noche anterior no había dejado de recordar las palabras que había escuchado en la cámara del ritual, y aunque algunas le habían inquietado profundamente y otras le planteaban enigmas fuera de su comprensión, al menos ahora sabía que podía abandonar sus recelos hacia el íbero. Eso le producía un alivio que no dejaba de sorprenderle, como si la sólida figura de Argantio atenuara la incertidumbre de la nueva etapa que acababa de iniciar—. Sí, todo fue bien —continuó—, aunque esta mañana la cabeza no deja de recordarme toda la cerveza que necesité para celebrarlo.

Argantio miró a Gerión con curiosidad, advirtiendo en sus ojos brillantes y en su sonrisa que la desconfianza que desde el primer momento había mostrado hacia él parecía haber desaparecido.

—Acompáñame —dijo el íbero—, tengo algo para ti que tal vez te ayude a olvidar el dolor de cabeza —y le condujo hacia una esquina del patio donde los hijos pequeños de Meronio y Turencia jugaban a revol-

carse en el polvo peleando con espadas de madera. A la sombra de un techado de paja, dos caballos rumiaban heno con aire cansino; ambos animales alzaron la cabeza y relincharon cuando Argantio se acercó a ellos, palmeando primero el cuello de su propio alazán y después el del caballo negro de su amigo Landíbil, el mismo que en el bosque les había llevado el macabro mensaje de Magón.

—Gerión: este es *Turmo*, el caballo de uno de mis más grandes amigos —la voz se le disolvió por un instante al recordar las cabezas de sus compañeros enterradas lejos de casa y de sus cuerpos—. Yo mismo lo compré para él en Carmo cuando la Vía Heraclea, la gran carretera que transcurre junto al curso del Betis, era aún segura. Nunca he visto un ejemplar igual: es listo, rápido, resistente y jamás se asusta en la batalla. Si él te acepta, es tuyo.

Gerión se quedó mudo de sorpresa. «No es posible —pensó—, este animal vale una fortuna; ni con cincuenta ovejas podría comprarlo. Pero si fuera cierto..., ¡si fuera cierto!» Nada deseaba en el mundo tanto como un caballo de verdad, después de que el de su padre hubiera ido convirtiéndose en un animal torpe y fatigado. Claro que con el transcurso de los años le había cobrado un gran afecto a *Tinto*, pero era tan viejo que ya solo servía para dar apacibles paseos alrededor del pueblo y tirar del arado con la tierra tierna recién llovida; muchos otros le habrían sacrificado tiempo atrás, pero para él y su familia representaba de algún modo el recuerdo de su padre.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó, tratando de ocultar su emoción.

—De ningún modo —respondió Argantio—, hace mucho aprendí que solo quien no tiene ilusiones se ríe de las de los demás. Pero te repito que debes conseguir que te acepte —a su alrededor los niños habían dejado de jugar y contemplaban expectantes la escena junto a su madre, en un denso silencio.

Gerión miró a *Turmo* y encontró sus grandes ojos acuosos clavados en él, como si pudiera entender lo que estaba ocurriendo. «¿Recuerdas nuestro encuentro en el bosque? —susurró—, tú traías la cabeza de tu amo y yo tenía conmigo las de dos de los hombres que lo llevaron a la muerte. Juntos buscaremos la venganza que necesita su espíritu para alcanzar las alturas de los dioses». Lentamente llevó la mano hasta el cuello del animal y comenzó a acariciarlo con suavidad. *Turmo* quedó inmóvil, dilatando rítmicamente los orificios de la nariz. Gerión se

aproximó aún más. «Me aceptarás, ¿verdad?» El caballo pareció titubear durante un largo instante e inclinó al fin su hermosa cabeza, piafando tenuemente. Como impulsado por un resorte ajeno a su voluntad, Gerión subió de un salto al lomo de *Turmo* y sintió entre sus piernas una poderosa tensión contenida; «ya eres mío», se dijo, y con una leve presión de los talones condujo al caballo hacia la calle. Una vez en ella, trotó hacia el muro de la ciudadela atrayendo la atención de cuantos a esa hora participaban de la ajetreada actividad de las mañanas de verano en Cirmo.

Se sintió inmensamente feliz, sediento de vida y aventuras, de mundo para recorrer con ese nuevo compañero que un mediodía caluroso había llegado a su encuentro cargado de hombres rotos. «Tú y yo veremos grandes cosas, *Turmo*, amigo —pensó—, libraremos batallas y conoceremos ciudades, trazaremos nuevos caminos para regresar a casa, seremos conocidos por todos, el jinete por su caballo y el caballo por su jinete». Volvió como en brazos de los dioses hasta la casa de Meronio y encontró a Argantio esperando sin prisa, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Parece que *Turmo* ha dejado bastante claro que te acepta —dijo el oretano, rompiendo a reír al ver la expresión de feliz estupor del joven guerrero—. Y ahora, si ya has tenido bastante paseo por el momento, tal vez podríamos empezar a pensar en ir a mi nuevo hogar.

—Por supuesto. Vamos allá —dijo, y un momento después se alejaba sobre *Turmo* calle abajo.

Argantio cargó sus alforjas en el lomo de su alazán, montó sobre él y, dirigiendo a Turencia un expresivo gesto de gratitud, se apresuró a alcanzar a Gerión. Poco después llegaron a la casa de este, desmontando y cruzando el patio hacia la puerta abierta.

—¡Madre, hermana, salid a ver esto! —gritó Gerión.

Larima se asomó primero, secándose las manos en la túnica, y de inmediato apareció también Irmán, mirando con curiosidad mal disimulada al extranjero que llegaba para instalarse entre ellos; aún tenía adherida a las manos alguna pluma de la gallina que habían sacrificado para ofrecerle una cena de bienvenida.

—Argantio me ha regalado el caballo —dijo Gerión, pasando con orgullo la mano por el lomo del animal—, se llama *Turmo*. Perteneció a Landíbil, un poderoso guerrero de los oretanos.

Tal vez fuese más correcto que nos presentaras primero a tu invitado, creo que *Turmo* no se lo tomará a mal —le respondió su madre con un tono más divertido que avergonzado.

—Desde luego. Madre, hermana —comenzó Gerión, obligándose a hablar en tono formal—, este es Argantio, emisario de los oretanos; vivirá bajo nuestro techo mientras él y los dioses lo deseen. Argantio: esta es Larima, mi madre, viuda de Gerión, y esta Irmán, mi hermana —los tres se saludaron llevándose la mano al pecho e inclinando la cabeza—. Y esta es mi casa. Será también la tuya si la encuentras digna de ti.

—Me siento honrado, Gerión. Acepto tu hospitalidad y os ofrezco, a ti y a los tuyos, la mía si un día los dioses nos permiten volver a Hélike, mi ciudad —contestó Argantio utilizando la fórmula tradicional celtíbera con una elegancia extraordinaria—. ¿No falta nadie? —añadió al recordar al pequeño que había bajado corriendo a recibirlos al llegar a Cirmo.

—Sí, Mímbró, lo conocerás más tarde. Ahora estará durmiendo a la sombra de algún árbol mientras las ovejas pastan a su alrededor —replicó Gerión—. Vayamos adentro.

Ataron primero los caballos junto a *Tinto* bajo el tejadillo de caña; los tres animales se olfatearon con curiosidad y resoplaron después amistosamente saludándose a su vez. Argantio se echó al hombro las alforjas que contenían su escaso equipaje y acompañó a Gerión al interior de la casa, seguido por las dos mujeres. La sobria sala le recordó inmediatamente a la de Meronio y Turencia; al igual que en otras aldeas celtíberas que había visitado, parecía imperar un igualitarismo que no dejaba de resultarle sorprendente: en tiempo de paz el jefe y el último guerrero se diferenciaban tan solo por el número y la calidad de los torques y brazaletes que llevaban sobre el cuerpo, pero sus viviendas y formas de vida eran idénticas. «Tal vez esa sea una de las cosas valiosas que los pueblos íberos hemos perdido en contacto con los púnicos —pensó—, una sociedad organizada según el coraje y el mérito, y no de acuerdo con el número de cabezas de ganado, las tierras y las minas que se posean. Lástima que los celtíberos más próximos a nuestra tierra, como los lobetanos, los turboletas y los belos, se nos parezcan en eso cada vez más». La voz de Gerión interrumpió su reflexión:

—Esta será tu cama —dijo señalando un lecho de paja cubierto por una manta de lana, colocado a continuación de los cuatro que ocupa-

ban los habitantes de la casa—; en el patio encontrarás un cántaro de agua para lavarte y junto al cobertizo trasero la letrina. Sé bienvenido.

—Gracias, Gerión, ojalá tenga ocasión de corresponderte —contestó Argantio.

—Y si te sientes con fuerzas, quizá quieras que te muestre los alrededores de Cirmo. Tenemos aún algunas horas antes de que se reúna la asamblea de guerreros —concluyó Gerión.

—Tengo algo que decirte.

Las palabras de Gerión pusieron fin al silencio que se había instalado sobre ellos. Permanecían quietos sobre sus monturas, contemplando a sus pies los campos vaporosos bajo el mediodía de Celtiberia. Argantio le miró enarcando las cejas en un gesto de interrogación.

—Anoche escuché las voces de mis antepasados... —comenzó Gerión eligiendo cuidadosamente las palabras; sabía que de ningún modo podía contar a un extranjero la ceremonia de la que había sido protagonista, pero tenía que transmitir al íbero la enigmática revelación que había recibido para él. Las palabras habían quedado grabadas en su mente de un modo que parecía indeleble y, desde que esa mañana los vapores de la *kelia* se habían ido disipando, no había podido dejar de pensar en ellas—. Una de ellas fue la de Gerión el Tartesio, el primero de los Geriones de Cirmo —continuó, advirtiendo que Argantio se erguía de súbito en su silla y miraba al horizonte para evitar urgirle con las preguntas que afloraban a sus ojos—. Me dijo que podía confiar en ti, y que te mostrase sus palabras. Sin duda se refería a la plancha de plomo. Tal vez haya algo en ella que nos sea de utilidad.

Argantio lo miró de hito en hito, sin decir nada.

—Y algo más..., algo que no sé interpretar. Me dijo que la tribu perdida llegó a su destino. La última tierra de poniente, más allá del río del olvido. Eso es todo —concluyó Gerión, y le pareció que la ventana que había abierto al reino de los muertos apagaba por un momento la luminosidad del sol vertical del mediodía.

Sintió que un vértigo lo envolvía, como si estuviera viviendo una alucinación que convertía aquel lugar tan conocido en un confuso espejismo. «Deben ser aún los efectos de la *kelia* —se dijo, sacudiendo la cabeza y secándose en la túnica el sudor que le empapaba las palmas de las manos—, o que los dioses nos sobrecogen cuando andan cerca». Quedó absorto en su recuerdo, preguntándose por primera vez si Ar-

gantio creería sus palabras y si estas tendrían algún sentido para él. Miró al hombre y lo encontró rígido y tenso, con ojos vidriosos y respiración violenta. Cuando habló, pareció que su voz venía de muy lejos.

—En verdad los dioses de los celtíberos son poderosos; abren caminos a los hombres, aunque tal vez también abismos. Ahora es mi turno de confiar en ti y contarte una larga historia; busquemos un lugar apartado donde continuar esta conversación.

Cabalaron en silencio por una ancha senda que no tardó en adentrarse en el bosque. Se trataba de un encinar que había sido clareado permitiendo a los árboles salvados del hacha alcanzar portes extraordinarios. Aquí pasaban gran parte del otoño las piaras de cerdos dándose un festín con las bellotas que caían al suelo; los hombres se apostaban en la espesura y daban caza a los jabalíes que al anochecer llegaban a buscar su parte. Pero ahora, al principio del verano, era un lugar poco transitado porque la espesa alfombra de hojas secas impedía que creciera el pasto. Gerión desmontó, dejó suelto a *Turmo* para que buscara alguna brizna de hierba por los alrededores y se sentó en el suelo apoyando la espalda contra el tronco rugoso de una gran encina. «Igual que aquella tarde en que con ruido de metales en el aire comenzó esta historia —pensó mientras Argantio se acomodaba a su lado—; parece imposible que hayan transcurrido apenas cuatro días».

La voz del oretano vibró profunda en el silencio del bosque.

—Hace mucho tiempo floreció junto a la desembocadura del Betis un pueblo de ganaderos. Deberías ver aquellas tierras: son feraces, hay agua todo el año y los inviernos son suaves, la hierba crece junto a las marismas hasta la altura de la cadera de un hombre. De modo que los rebaños de bueyes de aquellas gentes se multiplicaron hasta que su renombre cruzó la tierra y el océano, y pueblos celtas descendieron desde el norte para instalarse en aquel país cálido y perfumado donde parecía fácil olvidar el hambre; marineros de cabello rubio y rostros impenetrables llegaron desde islas heladas trayendo consigo el arte de encontrar y trabajar los metales, y no tardaron en descubrir que las sierras de Ispania hervían de ellos.

»Pero la riqueza atrae siempre la codicia entre los hombres —Argantio miró a Gerión con una sonrisa desvaída en la comisura de los labios—. Una primavera, una flotilla de extrañas naves del levante, con remeros innumerables y velas cuadradas, amaneció anclada en la bahía por la que el río se convierte en océano, sembrando el pavor en los

corazones de aquella gente. Apresuradamente se reunió una asamblea de hombres libres que decidió elegir a tres guerreros para ir a conocer las intenciones de los recién llegados. Ellos fueron los hijos de Crisaor, la sacerdotisa de los dioses del agua; sus nombres eran Laranu, Birisao y Gerión, el mayor de ellos, un hombre espléndido, justo y valiente, generoso y cabal. Debes saber que tal vez su sangre sea la tuya —Argantio calló un momento y Gerión sintió en el aire una densidad hecha de siglos.

—Continúa —murmuró.

—Los tres hermanos esperaron en la playa frente a los navíos hasta que una barca se apartó de estos y se aproximó gobernada por tres hombres con cascos de bronce cubriéndoles el rostro, hasta varar en la arena. Los guerreros pusieron pie en tierra y el que parecía tener el mando entre ellos se acercó a Gerión con una pesada copa de oro en las manos; era una pieza extraordinaria, con piedras preciosas incrustadas y filigranas finísimas recorriéndola de geometrías. El hombre habló con un acento tosco y bárbaro: «Nos llevaremos lo que necesitemos —dijo—, daos por pagados con la copa». Gerión quedó desconcertado un momento mirando aquella joya y al levantar la vista vio que numerosas barcas se acercaban a la playa refulgiendo bronce. Intentó echar mano a la empuñadura de su espada, pero una hoja de hierro le atravesó de parte a parte; el extranjero gritó: «Soy Heracles, nos llevaremos cuanto necesitemos».

»Así comenzó un tiempo difícil. Los guerreros del mar pronto eliminaron la resistencia de los hombres mal armados y peor adiestrados que les salieron al paso y durante semanas saquearon las casas y los rebaños a su antojo. Y de todo el odio que ese tiempo alumbró, ninguno fue tan grande como el del niño Gerión, quien tras ver morir a su padre en la playa debió huir con su madre y hermanas y con muchos otros a la espesura. Desde un otero contempló los resplandores de su casa incendiada por los bárbaros y se juró levantar un reino que no pudiera ser pisoteado por piratas como aquellos, un reino que hasta los pueblos más lejanos conocieran y respetaran. Cuenta la leyenda que Gerión permaneció en su atalaya durante muchos días, indiferente a la fatiga y el hambre, hasta que un anochecer vio cómo los extranjeros volvían a sus naves con las barcazas cargadas de botín.

»Quién sabe el dios que visitó al chico en ese instante, que le hizo correr hasta la bahía y zambullirse en sus aguas oscuras...

»Poco a poco la noticia de la partida de los extranjeros corrió por los montes y familias famélicas comenzaron a emerger del bosque, a descender por las colinas, hasta que una multitud se congregó en la playa escrutando la oscuridad, tratando de convencerse de que los hombres del mar se habían marchado al fin. Alguien encendió una hoguera y luego otra y otra más, hasta que la noche se inflamó de luces, de risas y llantos, porque a pesar de la alegría todos tenían lutos que guardar. Y entonces, cuando el alba empezaba a teñir de color ceniza las dunas y la densa quietud del mar, surgió del agua Gerión cubierto de algas y, antes de derrumbarse sobre la arena, mostró a su pueblo un objeto que llevaba en las manos. Era la copa de Heracles. Al menos así lo cuenta la leyenda.

Argantio se detuvo y miró a Gerión. Este mantenía los ojos cerrados, como si quisiera convertir en imágenes detrás de los párpados las palabras que oía.

—¿Has traído agua? —preguntó el oretano, sintiendo en la garganta el olor a polvo y leña seca del mediodía—. Tendrás que darme un trago si quieres que siga hablando.

Gerión salió de su ensimismamiento y abrió los ojos con la expresión de estupor de quien despierta de un sueño profundo.

—Desde luego, y también algo de comer —dijo, sacando de un zurron un pellejo de agua, un trozo de queso y unos rábanos—. Y ahora continúa, ¿fundó Gerión su reino?, ¿qué fue de la copa de Heracles?

Argantio bebió largamente y masticó un rábano con aire reflexivo antes de retomar su historia.

—Nadie sabe qué fue de la copa de Heracles. Tal vez se trate de una fantasía o quizá con el correr del tiempo le fueran arrancadas las piedras preciosas y terminara convertida en un lingote, o acabara en manos de un ladrón o de un algún comerciante de oriente.

»Con respecto al niño —continuó el oretano—, realmente terminó por fundar el reino que había soñado. Fue tan extraordinaria su aparición en la playa y la magnitud de su hazaña que allí mismo fue proclamado rey y, a pesar de su edad, demostró una prudencia y una capacidad que pronto hicieron crecer el respeto de todos. En una isla de la desembocadura del Betis trazó el perímetro de una nueva ciudad y le dio el nombre con el que entonces aquel pueblo llamaba al río: Tartessos. Gerión dedicó su vida a la ciudad y al reino recién nacidos: dictó leyes justas, armó un ejército capaz de mantener a raya a los pueblos

del mar y a las tribus celtas del norte, abrió caminos y excavó nuevos pozos mineros en la sierra, construyó un puerto profundo y abrigado donde pronto comenzaron a recalar pesados navíos mercantes de levante en busca de plata y hierro, y barcos de esos países de septentrión donde dicen que el frío vuelve sólido el mar y la bruma no se disipa nunca, con sus vientres llenos de armas de bronce y lingotes de estaño. Un día murió aquel Gerión y tras él llegó otro, y después otros reyes de otros nombres y otras sangres; con ellos el nombre de Tartessos saltó de borda en borda y de boca en boca hasta que todos los pueblos del mundo supieron de él.

»Entonces ocurrió algo que habría de cambiar la suerte del reino. Los fenicios de Tiro, deslumbrados por la abundancia de metales de Tartessos, fundaron un emporio comercial en la isla de Eriteia, situada en la entrada de una amplia bahía al sur de la ciudad de Gerión, y lo llamaron Gádir, que en su lengua quiere decir “reducto”. Allí comenzaron a llegar mercancías fabulosas para pagar los metales tartésicos: cerámicas decoradas de los talleres de oriente, tejidos con motivos y colores nunca vistos, joyas habilísimamente trabajadas, y fue tal el éxito que tuvieron entre los tartesios y otros pueblos de Ispania que tras ellas vino un sinnúmero de artesanos fenicios a instalar sus propios talleres, y más tarde también sacerdotes, arquitectos, metalúrgicos, pescadores y armadores hasta que Gádir hirvió de prosperidad. Gádir creció bebiendo de la savia de Tartessos, como también Tartessos creció bebiendo de la de Gádir. Pero mientras que los fenicios tenían poco que aprender de los tartesios, estos quedaron deslumbrados por la gran civilización de aquellos. De Gádir aprendió Tartessos a trabajar el barro con tornos giratorios y a obtener metales más puros con nuevas técnicas; de Gádir tomó Tartessos nuevos dioses y ritos y el más prodigioso de los inventos humanos: la escritura. Algo que también a ti parece haberte impresionado...

—Creí que odiabas a los púnicos —terció Gerión con frialdad—, y ahora cuando hablas de ellos en tu voz no encuentro sino admiración.

—Odio a los cartagineses, que siempre han traído consigo sangre y destrucción —respondió Argantio—, pero no a los fenicios, porque supieron dar tanto como recibieron. Claro que si Cartago envió sus ejércitos a Ispania fue porque sus hermanos de Gádir pidieron su auxilio cuando Tartessos advirtió que los fenicios se estaban volviendo demasiado poderosos y tomaron las armas contra ellos, pero cualquier

pueblo habría recurrido en esas circunstancias a todos los medios a su alcance para defenderse. Los tartesios creyeron que eran lo bastante fuertes como para hacerse con la inmensa riqueza que fluía por las venas de Gádir: hacía poco tiempo que había muerto Argantonio, el rey tartesio más poderoso y longevo, pacífico y justo, y el reino se ensoberbeció con una riqueza que parecía ilimitada.

—¡Argantonio! —exclamó Gerión enarcando las cejas—, es un nombre muy parecido al tuyo.

—Argantonio dio a todos sus hijos nombres próximos al suyo. Argantio, hijo de Argantonio, fundó mi familia.

Gerión quedó en silencio, tratando de encajar todas las piezas del relato lleno de implicaciones que estaba escuchando.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

—El ejército cartaginés se abatió sobre Tartessos como un vendaval irresistible. La ciudad fue arrasada hasta sus cimientos y, después, una tras otra todas las poblaciones tartesias fueron cayendo en manos de los invasores: Kalasce, Elibirge, Maenace, Herna y muchas más cuyo nombre ya no recordamos. Casi todos aceptaron el yugo de los nuevos amos, pero unos pocos centenares de familias, las más leales a la tradición o a la sangre del reino, huyeron río arriba llevando consigo aquella parte del tesoro de Argantonio que pudieron salvar y buscaron refugio en las serranías de donde brotan las aguas del Betis. Allí, entre escarpaduras y valles cortados en la roca, fundaron una ciudad donde conservar el aliento de Tartessos y proteger la herencia del reino y le dieron por nombre Curris, que en la vieja lengua quiere decir «memoria». En Curris los últimos tartesios vivieron largos años sin contratiempos hasta que el aire transparente de las alturas les hizo pensar que la pesadilla de Cartago se había disuelto como una nube que cae tras el horizonte. Pero, un día, una gran masa de polvo alzándose despacio en la llanura al pie de los montes y un clamor amortiguado por la distancia les anunciaron que un nuevo ejército púnico estaba en camino hacia ellos. Todos, hasta los más niños, se congregaron ante el santuario de la ciudad aquella noche y discutieron qué hacer. Hubo quien, harto de huir, propuso una resistencia final en aquella agreste atalaya, pero eran demasiado pocos y las murallas —apresuradamente levantadas— demasiado frágiles para resistir la maquinaria de asedio cartaginesa. Los más reconocieron con dolor que era hora de ponerse de nuevo en marcha, y aún no había amanecido cuando una larga caravana de hombres y mujeres tristes

comenzó a alejarse por la senda que habría de conducirles a la amplia llanura del este, cargando sobre mulas su valioso equipaje, sabiendo que antes de que transcurriera un día los púnicos tomarían la misma ruta siguiendo sus pasos. Tras ellos quedó Curris esperando al invasor, vacía y silenciosa.

»Fueron días terriblemente duros. Un grupo de guerreros quedó atrás tratando de obstaculizar la persecución cartaginesa, provocando desprendimientos de rocas sobre el camino y destruyendo los endeble puentes sobre los cortados; el tiempo que ganaron fue suficiente para que la columna de tartesios llegara al llano y en él encontrara un poblado abandonado donde buscar refugio, sobre un espolón que dominaba un mar de encinas y viñedos. El poblado parecía ser un asentamiento ibérico destruido por un incendio en fechas no muy lejanas, y en él encontraron un santuario consagrado a Iuno, la diosa íbera que los fenicios llaman Astarté, guardiana de los cultivos y los caballos, de la metalurgia y de la muerte. Bajo su protección celebraron esa noche una nueva asamblea. En ella, un pequeño grupo defendió crear un nuevo hogar para los tartesios, allí mismo o en los alrededores. “Los cartagineses no pueden seguir avanzando siempre —dijeron—; tal vez se sientan satisfechos con haber ocupado Curris, la última puerta al valle del Betis, y nos olviden. Al fin y al cabo no somos más que un puñado de fugitivos, y no tienen por qué conocer el valor de lo que llevamos con nosotros”. Pero la mayor parte quisieron continuar adelante: “No levantaremos un nuevo hogar para abandonarlo cuando un ejército púnico aparezca en el horizonte. Esta vez iremos lejos, muy lejos, a algún lugar donde el nombre y la amenaza de Cartago sean desconocidos y podamos ver crecer a nuestros hijos sin una sombra de temor en la mirada”.

»No fue posible un acuerdo: cada bando se mantuvo inamovible en su intención y a los argumentos del otro opuso los suyos, igualmente poderosos. Tras toda una noche de discusión, cuando el alba teñía de violeta la inmensidad de aquella tierra, resolvieron al fin que el grupo tendría que dividirse. Y así lo hicieron. Ese mismo día todos los exiliados sacrificaron corderos a la diosa y cada cual persiguió su sueño. Un gran número de los tartesios pusieron rumbo al norte, con la práctica totalidad del tesoro del reino, y nunca más se supo de ellos. Es asombroso... Ellos son la tribu olvidada de los que te habló tu antepasado, creo que él fue uno de ellos. Sus palabras —las tuyas— son la única

noticia que hemos recibido de ellos hasta donde alcanza la memoria de mi familia. La última tierra de poniente, el río del olvido...

Siguió un largo silencio acuchillado por el canto de las chicharras.

—Comprendo tu emoción —dijo Gerión—, pero imagina tú la mía. Acabas de contarme mi propio origen hasta un pasado tan remoto que no pudo comprenderlo. Sabes más de mí que yo mismo, Argantio, y las voces de mis muertos te ayudan a resolver tus propios enigmas. Me dices que provengo del linaje del fundador de un reino fabuloso de antaño, que también tú eres descendiente de reyes... —Gerión sacudió lentamente la cabeza de un lado a otro, dándose tiempo para captar todas las implicaciones del relato que había escuchado—. Debes contarme ahora qué fue de los tuyos, qué azares hicieron que aparecieras tú un día en el país de los ólcades.

—Parece que los dioses han querido que, ante el regreso de los cartagineses, las dos mitades de Tartessos se encuentren de nuevo, Gerión —respondió el íbero hundiendo los dedos en la barba para rascarse el mentón—. Efectivamente Argantio, hijo de Argantonio, fue de los pocos que en aquel poblado decidieron poner término a la huida. Durante días otearon el llano, pero ninguna señal de los púnicos asomó al horizonte; como habían aventurado, Cartago parecía haberse dado por satisfecha asegurando las fértiles tierras del valle del Betis. Una tarde un grupo de íberos a caballo llegó ante la muralla; venían de una poderosa ciudad próxima, Hélike, plaza principal de los oretanos, y querían conocer el origen y las intenciones de los extranjeros. Argantio les habló en nombre de todos de su larga huida desde Tartessos, de la amenaza siempre próxima de los cartagineses, de su voluntad de establecerse en aquella nueva tierra para dejar que el tiempo les hiciera olvidar sus muchas pérdidas, y pidió a los oretanos hospitalidad y ayuda. Debieron de ser grandes y hermosas sus palabras en aquella hora, porque los íberos les invitaron a regresar a su lado a Hélike y quedarse entre ellos, haciendo de la Oretania su nueva patria.

»Ya sabes que así fue. Utilizando la exigua porción del tesoro de Tartessos que habían conservado y el trabajo de sus manos, los tartesios de Argantio adquirieron propiedades y levantaron sus casas junto a la ancha muralla de Hélike, y poco a poco consiguieron que sus anfitriones les abrieran un hueco en su confianza y en la vida de su ciudad. En aquellos días Hélike y Kástulo se disputaban el papel de capital de la Oretania, y para los habitantes de Hélike fue notorio desde el primer

momento que de los recién llegados tenían mucho que ganar. Y no les defraudamos. Les enseñamos muchas de las cosas que nosotros mismos habíamos aprendido de los fenicios y de otros pueblos, y pronto los hornos de fundición de Hélike empezaron a producir metales de mejor calidad, las joyas de los orfebres se enriquecieron con filigranas y granulados, los nuevos arados hicieron que el campo produjera más alimentos. Con el paso del tiempo empezaron a hacerse frecuentes los matrimonios entre oretanos y tartesios y casi llegó a olvidarse el origen de aquellos fugitivos que un día habían arribado huyendo de las tropas de Cartago. De entre sus descendientes terminaron por salir jefes guerreros y sacerdotes, e incluso el rey que hoy gobierna Hélike.

—¿Orissón es un tartesio? —se sorprendió Gerión. La fama y el nombre del rey oretano hacía mucho que habían llegado hasta Cirmo.

—Orissón es un oretano cuya familia ha mantenido puros el recuerdo y la sangre de Tartessos... —contestó Argantio, y pareció titubear un momento, como si hubiera olvidado de pronto las palabras que se disponía a decir.

Gerión buscó en la mirada del íbero una explicación a su repentino silencio y creyó percibir un conflicto, una duda en ella.

Argantio dejó escapar un suspiro y continuó hablando lenta, cautelosamente.

—Hay algo que debo decirte, pero de que mantengas el secreto puede depender la suerte de todos nosotros.

Gerión asintió.

—Argantio es mi nombre tartesio, pero entre los oretanos soy conocido como Orissón.

Gerión dio un respingo y miró al oretano con abierta incredulidad. Tras la larga historia que había escuchado, pensaba que su capacidad de sorpresa estaba agotada, pero la última revelación de Argantio superaba todo lo demás.

—¿Tú, Orissón, el rey de Hélike? —acertó a decir al fin.

—Entiendo que te cueste creerlo, pero así es.

—¡Y lo dices ahora! ¿Pero por qué no te diste a conocer al llegar a Cirmo? Los hombres te habrían tratado de otro modo; Meronio se enfadará cuando descubra que ha alojado en su casa al rey de Hélike sin saberlo. ¿Y cómo es posible que hayas abandonado tu ciudad en su momento de mayor peligro?

—No levantes la voz, Gerión, te lo ruego —dijo Argantio con un filo de severidad en la voz—, te he dicho que es importante que esto permanezca en secreto. Salí de Hélike porque la asamblea de los oretanos decidió que la ciudad nunca derrotaría a Amílcar sin contar con el auxilio de otras tribus, o al menos sin impedir que esas tribus se pusieran al servicio de los cartagineses. Convencí a los ancianos y los guerreros de que, estando la defensa de la ciudad bien organizada, sería más útil que yo mismo tratara de obtener la ayuda que necesitamos. Pero si Amílcar supiera que el rey de la única ciudad íbera que hasta ahora ha resistido a su ejército anda desprotegido por los caminos de Celtiberia, no ahorraría esfuerzos para capturarlo o matarlo. Sin ninguna duda hay en estas tierras gente dispuesta a hacerlo por él a cambio de una buena cantidad de dinero.

—¿Te refieres a Asúrix? —preguntó Gerión.

—Tal vez —murmuró Argantio—, pero no solo él. Los caminos están llenos de mercaderes y artesanos fenicios que seguramente trabajan ya a las órdenes de Amílcar. Tiene suficiente dinero e influencia como para hacer de vuestro país un lugar peligroso.

—¡Un momento! —interrumpió Gerión tratando de contener su agitación—, tal vez Amílcar lo haya sabido desde el primer momento. ¿Por qué si no os siguió desde Hélike la tropa de Magón?

—Amílcar ya no cuenta con espías en Hélike. Por supuesto que los tuvo, mas supimos dar con ellos y ya no los tiene —Argantio esbozó una mueca de disgusto—. Pero aunque mis compañeros y yo conseguimos huir de la ciudad sin ser vistos, no es fácil que un grupo de íberos pase inadvertido en estos días por los caminos. La noticia llegó pronto hasta Amílcar y envió a Magón al mando de un destacamento para terminar con lo que parecía solo una partida de guerreros desesperados. Si hubiera sabido que yo estaba entre ellos, habría armado una fuerza que ni mi grupo ni toda tu gente habrían sido capaces de resistir. Y si hoy lo supiera, en pocos días esa fuerza estaría acampada frente a las murallas de Cirmo o de cualquier ciudad de los ólcades que me acogiera. Sin duda Amílcar piensa que si acabara conmigo la resistencia de Hélike se desmoronaría en poco tiempo.

Gerión ponderó el relato de Argantio. La historia que acababa de escuchar parecía hecha de la materia de los sueños: un reino legendario fundado por sus antepasados, ciudades levantadas de la nada y destruidas por las armas de Cartago, la copa de Heracles, los últimos tartesios huyendo con el tesoro de Argantonio, el famoso Orissón revelándole

sus secretos en el encinar solitario. «Tal vez sea solo un sueño, pero el más grande de mi vida —se dijo—, y juro por todos los dioses que lo recorreré hasta donde quiera llevarme».

En ese momento Argantio le posó la mano suavemente en el brazo y con un gesto le indicó que guardara silencio. Gerión escuchó atentamente durante lo que le pareció un largo rato, pero nada llegó a sus oídos distinto de los familiares sonidos del bosque: el canto ocasional de un pájaro, el ritmo metálico de las chicharras, los tenues gemidos de los troncos, una voz amortiguada llegando desde la llanura. Entonces lo oyó. Un leve crujido, un roce. Miró al oretano y este le señaló una densa mata de retama a unos quince pasos de donde ellos estaban. Ambos se levantaron sin ruido y avanzaron hacia allí con las manos en las empuñaduras de sus espadas. Gerión desenfundó lentamente y, de pronto, abandonando todo sigilo, trazó con la hoja de hierro un amplio movimiento que segó la retama tan limpiamente como si hubiera sido hierba seca. Miró tras ella y en su rostro se dibujó primero una expresión de sorpresa, después de alivio y, por último, un inmenso enfado.

—¡Mimbro!

Tras las ramas caídas un niño se ovillaba temblando de miedo. Argantio se quedó mirándolo estupefacto, con la espada desnuda aún en la mano, sin saber qué hacer.

—Lo liquidaría ahora mismo si no fuera porque tu madre se lo tomaría como una tremenda afrenta, siendo como soy su huésped —contestó, sin poder evitar una sonrisa al ver los ojos abiertos como platos de Mimbro. Pero la broma duró solo un instante; una honda preocupación se instaló de inmediato en su semblante—. Si tu hermano ha oído todo lo que te he contado, corremos todos un grave riesgo.

Gerión agarró a Mimbro de una oreja y lo sacó de su escondite ignorando sus gemidos de dolor.

—Pero, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí, cómo se te ocurre abandonar el rebaño y venir a espiarnos? ¿No te das cuenta de que podíamos haberte matado antes de descubrir quién eras?

Gerión inspiró profundamente tratando de controlar su ira. Mimbro miró a su hermano con los ojos húmedos de lágrimas y la boca entreabierta, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Es un niño, Gerión, apacíguate —terció Argantio—. Creo que somos nosotros quienes debemos sentirnos avergonzados por nuestra imprudencia, cualquier otro podría haber ocupado su lugar. Y ahora

—continuó, dirigiéndose a Mimbro con voz suave— debes decirnos si alguien puede haberte seguido hasta aquí y cuánto de lo que hemos dicho has escuchado.

—¡Claro que nadie me ha seguido! —protestó el niño, recuperando rápidamente el aplomo. En su voz había una nítida nota de gratitud hacia el oretano—. Y no era mi intención espiar. Yo estaba como todos los días aburriéndome con el rebaño en la llanura y os vi alejaros por el camino hacia aquí. Pensé que lo cortés era acercarme a presentarte mis respetos y le pedí al primo Vereino, que andaba por allí cerca tan aburrido como yo, que me cuidara un rato las ovejas. Corrí todo lo que pude, pero cuando llegué estabais ya en mitad de la conversación y no quise interrumpir, así que me senté tras la retama a esperar a que terminaras. Y..., bueno, es verdad que no pude evitar escuchar la mayor parte de tu historia —una sonrisa pícaro iluminó su rostro—. Pero te juro que jamás una sola palabra saldrá de mi boca, rey Orissón, y que siempre podrás contar conmigo para darles una lección a esos perros cartagineses.

Argantio sonrió y el propio Gerión sintió que se le disipaba el enfado.

—Escúchame bien, Mimbro —dijo Argantio, colocando con gran solemnidad sus manos sobre los hombros del niño y mirándole intensamente a los ojos—. Acepto y agradezco tu amistad y te ofrezco la mía. Pero jamás, bajo ninguna circunstancia, dirás a nadie una sola palabra de lo que has oído mientras «esperabas a que terminara nuestra conversación». Jamás me llamarás rey Orissón, ni me mostrarás más respeto que el que se debe a un guerrero de otro pueblo que disfruta de la hospitalidad de tu casa. Jamás volverás a tomarte como un juego de niños asuntos de los que pueden depender las vidas de todos nosotros. Tú sabes que no te comportaste como se espera de un buen celtíbero, pero dejémoslo correr por esta vez. Si sabes ser prudente, tendrás mi reconocimiento y el de mi pueblo.

Mimbro se quedó mirando de hito en hito a Argantio, como si la voz amable pero llena de autoridad de este le hubiera envuelto en un hechizo. Sin saber por qué, sorprendiéndose incluso a sí mismo, hincó una rodilla en tierra y, tomando la mano derecha del rey íbero, la besó. Cuando habló, su voz pareció de pronto la de un adulto.

—Será como has dicho. Juro ante los dioses que te guardaré lealtad mientras viva.

—Vamos, vamos, no hace falta que hagas esos juramentos tan terribles —dijo Argantio, sonriendo mientras hacía levantarse a Mímbro—. Aun sin ellos puedes considerarte perdonado, ¿no te parece, Ge...?

Se interrumpió al ver la expresión de Gerión. Este parecía al mismo tiempo furioso y triste.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Mímbro, es que te has vuelto loco? Sabes perfectamente que el juramento de devoción solo le está permitido a los guerreros.

—Ya está hecho —respondió Mímbro.

—Has invocado el nombre de los dioses sin derecho a hacerlo —dijo Gerión, abrazando con ternura a su hermano—. El tiempo dirá si has atraído su ira hacia nosotros.

Argantio se alejó unos pasos, con la imagen del abrazo de los dos hermanos grabada en su ánimo. Por supuesto conocía la *devoción* celtibérica, ese vínculo de lealtad entre un jefe y sus guerreros que llegaba hasta la muerte e incluso más allá de ella. Pero de ningún modo creía que las palabras de un niño como Mímbro fueran suficientes para crear un compromiso semejante. Silbó para llamar a su caballo, mientras una punzada de tristeza le recordaba que seguramente nada sería igual en Cirno tras su visita.

CAPÍTULO VI

La noche era dulce y serena, cargada de luz de luna y del perfume de los romeros floreciendo en el páramo. Ello hacía aún mayor la sensación de agitación y revuelo que se respiraba en la ciudadela, con grupos de guerreros hablando aquí y allá. Meronio se mantenía erguido, inmóvil y silencioso a escasos pasos de la hoguera, dando una impresión de firme calma acaso ensombrecida por un filo de tensión. O de impaciencia. En ese momento se abrió el portón del muro y por él entraron Gerión y Argantio, extendiendo sobre la asamblea un denso silencio.

A Gerión le llamó la atención de inmediato que Meronio llevara colgando sobre sus hombros, desplegado sobre el pecho y la espalda, el magnífico adorno de discos de plata que le señalaba como jefe del poblado. «Tal vez no sea a Argantio a quien quiera recordar su autoridad esta noche», pensó. Meronio hizo al oretano un gesto para que se aproximara mientras los hombres se sentaban alrededor del fuego; Gerión entendió que esa noche sería un guerrero más y buscó con la mirada a su amigo Saunio, hallándolo junto a Tirtanios cerca de la pared del torreón, casi fuera del alcance del resplandor de la hoguera. «De modo que así son las normas de la jerarquía —se dijo—; tendré que hacerme a la idea de que he dejado de ser el primero de los muchachos para convertirme en el último de los guerreros. Por ahora». Al rodear el círculo de hombres vio entre ellos a Asúrix; parecía expectante y tenso. «Como quien se prepara para entrar en combate», pensó inquieto. Cuando llegó hasta donde se encontraban sus amigos y se acomodó junto a ellos, intercambiando sonrisas, Meronio comenzó a hablar.

—¡Extranjero! —dijo, con su voz clara resonando en los muros de piedra—. Soy Meronio, hombre principal de Cirmo por voluntad de sus guerreros. Si vienes con ánimo de paz, sé bienvenido en esta asamblea.

—Te saludo, Meronio, y saludo también a los guerreros de Cirmo —a pesar de su levísimo acento íbero, las palabras de Argantio vibraron con un timbre majestuoso—. Yo soy Argantio, guerrero oretano, y he

venido para que el rey Orissón de Hélike hable por mi boca —en su rincón, Gerión sonrió pensando que nadie podría acusar a su amigo de haber mentido—. Agradezco vuestra hospitalidad y vuestra ayuda, a los ólcades de Cirmo debo mi vida. Pero aunque nada sea tan grato a mi ánimo como la paz, hoy vengo a hablaros de guerra.

Un vivo rumor recorrió la asamblea. «Tienes la voz y la habilidad de un rey, Argantio —se dijo Gerión—, pero esta noche no todos están dispuestos a ser convencidos».

—Las palabras de Orissón serán escuchadas con respeto por esta asamblea —respondió Meronio, dando por terminado el intercambio de cortesías—. Habla ya, que son muchas las preguntas que tienes que respondernos: si lo que nos contó Gerión es cierto, el ejército cartaginés está a las puertas de Hélike. No imaginábamos un avance tan rápido de Amílcar en la Oretania. Debemos saber con cuántas fuerzas cuenta y a qué has venido tú al país de los ólcades perseguido por una tropa de púnicos. Habla ya, oretano, que no es la paciencia virtud de los celtíberos.

—Ni hablar con palabras huecas defecto de los oretanos, jefe Meronio —contestó Argantio—. Espero poder contestar a esas preguntas. En primer lugar, nosotros mismos nos hemos visto sorprendidos por la velocidad del avance de los cartagineses. Hasta hace un año la guerra había progresado mucho más lentamente. Amílcar se había visto obligado a desviar parte de su atención y de sus tropas hacia la revuelta de las tribus libias que habitan las montañas cercanas al gran desierto del otro lado del mar, y los turdetanos pudieron reunir un magnífico ejército, cuyo contingente principal lo formaban tres mil guerreros celtíberos, a quienes fiaron sus esperanzas de libertad. Entre los celtíberos había gente de muchos pueblos: arévacos, pelendones, titos y belos, y para el mando de todos ellos fueron elegidos dos hermanos, ólcades como vosotros. Sus nombres eran Istolacio e Indortes y procedían de Arecorata; tal vez vosotros mismos los hayáis conocido o al menos sus nombres no os sean extraños.

Argantio hizo una pausa para observar la reacción de su auditorio. Algunos hombres hicieron gestos de asentimiento o de sorpresa, otros cuchichearon entre sí, pero de inmediato volvieron su atención hacia él; era evidente que había conseguido despertar su interés. «Tal vez aún no sepan lo que he venido a pedirles —se dijo—, pero no he conocido a ningún celtíbero que no disfrute con una buena historia».

—Istolacio e Indortes mantuvieron ocupado a Amílcar durante muchos meses —prosiguió Argantio—. Siendo como era su tropa muy inferior en número, evitaron siempre el combate frontal y prefirieron atacar una y otra vez en los momentos y lugares más insospechados para desaparecer de nuevo, desbaratando las líneas de aprovisionamiento de Amílcar, acosando a su vanguardia y a sus forrajeadores, auxiliando a las poblaciones que aún combatían a los púnicos. Pocas veces Ispania ha visto un coraje, una habilidad y una resistencia como los de vuestros compatriotas en la Turdetania.

Exclamaciones de admiración y orgullo se elevaron entre los hombres. «Es bueno tu amigo —susurró Saunio al oído de Gerión—, está poniendo a todos de su parte».

—Amílcar ideó la forma de terminar con lo que se estaba convirtiendo para él en una pesadilla: envió un emisario para ofrecer a los celtíberos una inmensa cantidad de oro por cambiarse de bando. Istolacio e Indortes reunieron a su ejército en las proximidades de Carmo, en el valle medio del Betis, para decidir en asamblea sobre la propuesta del púnico. Pero los cartagineses tienen espías en todas partes, incluso en los ejércitos que les combaten, y en la madrugada del día siguiente a su reunión los celtíberos descubrieron que el ejército de Amílcar, con quince mil hombres a pie y ochocientos jinetes, los había rodeado completamente. Tal vez aún así habrían podido plantar cara, pero el general de Cartago les reservaba una última sorpresa: una primera línea de inmensos animales monstruosos, con la altura de tres hombres y una piel más dura que el cuero viejo, con colmillos de dos pasos de longitud y un gran brazo en el centro del rostro. Tal vez penséis que estos monstruos son una invención, pero hoy están frente a las murallas de Hélike para que vaya a verlos quien dude de mi palabra. Los llaman «elefantes».

»La confusión de los celtíberos fue tan grande que cuando aquellas bestias avanzaron hacia ellos, haciendo retumbar la tierra con sus pasos y con los terribles mugidos que lanzaban, la gran mayoría se arrojó al suelo pensando que eran los mismos dioses quienes acudían al combate.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó alguien—, ¿qué fue de los dos ólcades?

—Istolacio e Indortes lucharon mientras pudieron, y no fueron pocos los púnicos que por su hierro dejaron la sangre en aquella tierra amarilla siempre sedienta, pero eran tantos los adversarios que termi-

naron por ser reducidos. Entonces Amílcar Barca, en venganza por la lealtad que aquellos dos hombres nobles habían mantenido hacia los turdetanos, con sus propias manos les arrancó los ojos y la lengua, y los hizo crucificar para que murieran lentamente junto a la Vía Heraclea, a la vista de los viajeros que habían de pasar por ella. Muchos hombres pueden confirmar que es verdad lo que digo —la voz de Argantio pareció quedar suspendida por un momento en el aire, grave y cargada de dolor—. Por una cantidad muy inferior a la que inicialmente había ofrecido el cartaginés, viendo a sus jefes mutilados y agonizantes, confundido y atemorizado, el ejército celtíbero se puso al servicio de Amílcar. Y con él siguen hasta el día de hoy, bajo el mando de un lusón de nombre Tilego.

Un silencio denso y pesado como una losa de piedra se extendió sobre la asamblea.

—Cuando la noticia corrió por los caminos de la Turdetania —continuó Argantio—, fue tal la desesperanza que causó que, comenzando por la propia Carmo, una tras otra todas las ciudades del Betis abrieron sus puertas a los cartagineses rogando clemencia. Y, siendo como es Amílcar tan hábil como cruel, supo mostrarse magnánimo ante los rendidos, prohibiendo a su gente, bajo pena de muerte, causar ningún daño a todos aquellos turdetanos que no hubieran derramado sangre púnica. Así cayó en manos de Cartago el más antiguo y poderoso pueblo íbero, cuyo territorio alcanzaba desde el océano hasta no muy lejos de donde el gran río nace entre barrancos. Así llegó el Bárquida con un ejército aún más temible hasta tierras de túrdulos y a la Oretania, y tampoco allí se atrevió nadie a plantarle cara: ni en la antigua Ipolka, ni aun en Kástulo, la más rica de nuestras ciudades, desde la que un día brotaron metales innumerables para las forjas de todos los pueblos del mar de levante.

»En Kástulo decidió Amílcar instalar su campamento para dar descanso a su ejército y pasar el invierno, y en la inactividad de las noches largas y cargadas de lluvia quisieron los dioses poner en el ánimo del púnico el propósito de levantar una ciudad no lejos de la oretana. Tal vez fuera porque sabía que nada es más peligroso para un general que un ejército ocioso durante largo tiempo, y así sus hombres dedicaron su esfuerzo a trazar calles, excavar cimientos y levantar murallas y torreones. Para que su ciudad fuera al tiempo sólida y hermosa, Amílcar hizo abrir canteras en las limpias calizas de las sierras, y así nació Akra

Leuke, o Castillo Blanco. Ya han comenzado a llegar hasta ella púnicos e íberos de todos los oficios, pensando que tal vez esa ciudad aún vacía sea más pronto que tarde la capital de Cartago en Ispania. A tan solo catorce días de marcha de Cirmo.

»Aunque las nuevas del fin del ejército celtíbero no llegaron a Hélike sino como un rumor confuso e impreciso, la de la caída de Kástulo sí se conoció de inmediato en nuestra ciudad, y a ninguno nos cupo duda de que seríamos el siguiente objetivo de Amílcar. El rey Orissón convocó por ello una asamblea de guerreros y ancianos y en ella fueron parejos en número los que propusieron buscar una rendición digna como habían hecho nuestros hermanos de Kástulo y los que se declararon dispuestos a defender con sus vidas la libertad de Hélike y el honor de toda la Oretania. Todos volvieron entonces la vista al rey, sabiendo que su voluntad habría de decidir la cuestión, y a casi nadie sorprendió que tomara partido por los que se negaban a aceptar el yugo de los púnicos. Yo estuve allí: os digo que Orissón pronunció ese día un discurso que llevó hasta a los corazones más acobardados el ánimo de resistir, y la ciudad dedicó el invierno a forjar armas y acumular víveres, a reforzar las murallas y excavar trincheras que los elefantes cartagineses no pudieran saltar.

«No es extraño, si hablaste ese día como lo estás haciendo hoy», se dijo Gerión, sintiendo un profundo orgullo por haber salvado la vida de ese hombre que resultó ser un rey y que le había brindado su amistad. Por primera vez se le ocurrió pensar que tal vez él mismo, Gerión, un muchacho ólcade que hasta aquel día del bosque no había hecho más que pastorear ovejas y jugar a los guerreros con sus amigos de Cirmo, podía haber desviado el rumbo no ya de su pueblo, sino de toda la Oretania. Miró a su alrededor y vio que los hombres contenían el aliento, pendientes de cada palabra que salía de los labios de Argantio.

—Tan pronto como los tempranos calores del alto Betis secaron el barro de los caminos, Amílcar se puso de nuevo en marcha dejando en Akra Leuke una guarnición para vigilar la nueva ciudad, aún frágilmente amurallada, y asegurar la sumisión de los oretanos de Kástulo. Poco después, hace cuarenta días, los guerreros de guardia en las torres de Hélike avistaron en el horizonte las primeras unidades del ejército cartaginés. Pero se encontraron las puertas cerradas y los parapetos erizados de metal. Esta vez los oretanos los estábamos esperando.

»Así dio comienzo el sitio de Hélike. Un día tras otro intentaron los cartagineses asaltar nuestras murallas, y cada vez tuvieron que retirarse dejando a muchos de los suyos en el campo de batalla. También nosotros hicimos una salida en una noche sin luna, y, aunque perdimos a no pocos guerreros, matamos a muchos de los suyos. Pero hicimos algo quizás más importante: descubrimos que los elefantes son animales al fin y al cabo, y como tales mueren cuando reciben suficiente hierro en el vientre o el cuello. Y mostramos a Amílcar que en las noches oscuras podían llegar hasta su tienda cuchillos oretanos. Pero el púnico es tenaz y, al contrario que a Hélike, le sobran los hombres, el tiempo y los alimentos. Comprendimos que, aunque pudiéramos resistir una, o dos, o doce lunas, jamás conseguiríamos derrotarle si no convocábamos a otros pueblos en nuestra ayuda. Orissón decidió reunir a un grupo de guerreros y enviarlos bajo mi mando a comprobar si en esta hora decisiva para Ispania los celtíberos se pondrían de parte del invasor o de los hombres libres.

»Pudimos cruzar el cerco sin ser vistos la noche siguiente, cuando los cartagineses estaban ocupados reforzando las defensas de su campamento en previsión de un nuevo ataque, y, avanzando de noche y descansando de día, alcanzamos en la madrugada de la cuarta jornada las murallas de la ciudad ólcade de Belgeda. Pero sus puertas permanecieron cerradas para nosotros: desde lo alto del torreón un guerrero nos gritó que Belgeda no tomaría partido en esta guerra y nos ordenó que continuáramos nuestro camino. Creímos entonces que vuestros hermanos habrían ya alcanzado un acuerdo con Amílcar para ponerse de su lado o, al menos, para no luchar en su contra. Lo supimos con certeza cuando tres días después una patrulla cartaginesa nos dio alcance al caer la tarde, no lejos de aquí, en el camino de Arecorata. Sin duda fueron los propios hombres de Belgeda quienes dieron aviso a Amílcar de nuestra misión, y a los púnicos les fue fácil recuperar el tiempo perdido cabalgando con caballos de refresco y sin necesidad de tomar precauciones para no ser vistos. El resto ya lo sabéis: todos mis compañeros murieron a manos de la tropa del capitán cartaginés, Magón, y ese habría sido también mi fin si no hubiera aparecido Gerión aquel anochecer en el bosque, y si no fuera un arquero extraordinario. Gracias a él, y a Cirmo, me he salvado yo y, tal vez, la esperanza de mi pueblo.

Argantio hizo una pausa e inspiró profundamente. Su historia llegaba a su fin.

—Ahora os ruego que escuchéis lo que he venido a pedirós —dijo lentamente—. Hélike necesita la ayuda de los ólcades. Ojalá fuera posible pedirse la también a los lobetanos, los turboletas y otros pueblos celtíberos del norte, pero tal vez mi ciudad no pueda resistir mucho tiempo; el auxilio deberá venir de los ólcades, o no vendrá. Mas sabed que no vengo para contratar mercenarios, sino para establecer una alianza de pueblos libres. Hélike es lo único que se opone a que el Bárquida tenga despejado el camino a vuestro país, y luchar por ella es luchar por vosotros mismos. Luchar hoy por mi ciudad tal vez evite que mañana lo tengáis que hacer por las vuestras. Amílcar sabe bien que vuestros montes están colmados de hierro y que en vuestros ríos abunda la plata, y de ninguna otra cosa tiene tanta sed como de metales. Si cae Hélike, no os quepa duda de que Amílcar vendrá. La libertad de Hélike es en este tiempo de sangre la garantía de la vuestra.

Transcurrieron algunos segundos antes de que los hombres advirtieran que Argantio había concluido. Uno tras otro fueron volviendo su mirada hacia Meronio: era como si la voz del íbero hubiera tejido un encantamiento que solo el jefe podría romper. Por un momento Gerión temió que fuera Asúrix quien empezara a hablar.

—Ha sido una buena historia la tuya, extranjero, pero, aunque larga, no lo explica todo —comenzó Meronio al fin—. Sin duda sabes que los ólcades no somos un pueblo numeroso: con todos los hombres dispuestos al combate no seríamos capaces de reunir un ejército de más de cinco o seis mil guerreros. Y sería necesario convencer a otros más decisivos que nosotros; no olvides que le estás hablando a la asamblea de un poblado que solo tiene cincuenta. Pero aunque consiguieras que Arecorata, Ercavica y algunos otros atendieran tu llamada, unos pocos millares de guerreros ólcades nada podrían hacer contra los casi veinte mil que dices tiene Amílcar. Lo que pides es un absurdo suicidio.

Argantio se disponía a responder cuando Meronio le detuvo con un gesto.

—Y hay algo más —añadió—. Según tus palabras, tres mil hombres del ejército del púnico son celtíberos. Yo no mataré a mis hermanos para defender a los oretanos, y no creo que lo haga ninguno de los ólcades.

Gerión se sintió desolado. Las objeciones de Meronio eran evidentes y levantaron un inmediato rumor de asentimiento. Le pareció que el efecto del discurso de Argantio se disolvía en la brisa fresca que había comenzado a soplar.

—No olvides a los cuatro mil oretanos que resisten dentro de Hélike, Meronio —dijo el íbero—. Tal vez eso también parezca un absurdo suicidio, pero lo preferimos a vernos gobernados por un cartaginés que crucifica a sus adversarios más valerosos y sacrifica niños a sus dioses. Y yo también tengo algo más —Gerión creyó advertir un titubeo en la voz de Argantio—. Hemos recibido un mensaje de Tilego, el lusón que puso Amílcar al frente de sus celtíberos. No han olvidado a Istolacio e Indortes y sienten como una deshonra su derrota de aquel día, están cansados de que el Bárquida los coloque siempre en la primera línea y se retrasa el cobro de su soldada. Se pasarán a nuestro lado si les pagamos lo que debían cobrar por toda la campaña. En Hélike se está fundiendo hasta la última joya de oro para reunir la cantidad fijada: ocho talentos.

Un hombre con mirada afilada, larga cabellera rubia y un grueso torques de oro al cuello se puso en pie. Llevaba los brazos cubiertos de brazaletes y un cinturón de placas de bronce le ceñía la cintura: su aspecto señorial parecía ir parejo a su riqueza. Era Ariolaco, el padre de Saunio, uno de los más estrechos amigos de Meronio. Cuando el padre de Gerión aún vivía, los tres habían sido compañeros inseparables de correrías.

—Con los celtíberos de Tilego tal vez podríamos derrotar a Amílcar, extranjero —dijo—, pero no veo cómo van a poder cambiar de bando si les rodean los otros dieciséis mil guerreros del ejército cartaginés.

—Tienes razón —señaló Argantio—. Por eso es necesario que Amílcar reciba un ataque desde el exterior: los púnicos deberán dividirse para hacer frente a los atacantes sin abandonar el sitio de Hélike. Si en ese momento se produce la salida de los guerreros de la ciudad, la confusión será grande y Amílcar tendrá que dirigir a sus tropas en dos frentes a la vez. Tilego y los suyos aprovecharán ese momento para volver sus armas contra los cartagineses.

Ariolaco asintió y volvió a sentarse en el suelo. No lejos de él se levantó un guerrero pelirrojo con la cara enrojecida; «Barimno ha bebido esta noche más de la cuenta», pensó Gerión, advirtiendo que el hombre cruzaba una fugaz mirada con Asúrix antes de comenzar a hablar.

—¿Es que quieres que muramos todos, oretano? —preguntó casi gritando, con un timbre pastoso en la voz—. Si dices que en Carmo tres mil celtíberos fueron incapaces de enfrentarse a los elefantes de Amílcar, está claro que pretendes conducirnos a los ólcades a la misma suerte. ¡Tal vez hayáis llegado a un acuerdo con él para quitarnos de en medio y repartiros nuestras tierras!

—Si no estuviera acogido a vuestra hospitalidad, cualquier hombre tomaría tus palabras como una ofensa —contestó Argantio, endureciendo de pronto la expresión de su rostro—. Cada día que pasa mi gente está muriendo en las murallas de Hélike, justamente por rechazar cualquier acuerdo con el púnico. Gracias a ellos estamos hablando aquí esta noche libres y seguros, no lo olvidéis; aceptaremos luchar solos, pero no que nos insulten aquellos a quienes buscamos como aliados —hizo una pausa y miró a su alrededor. Barimno pareció querer decir algo, pero a duras penas podía mantenerse en pie—. Y respecto a los elefantes, os he dicho que los oretanos hemos aprendido que es posible matarlos si no falta el coraje. Además, solo son efectivos en una batalla a campo abierto, pero no entre los huertos y bancales que se extienden a los pies de Hélike...

—Cirmo te ha recibido con amistad —interrumpió Meronio—, te hemos alojado en nuestras casas y te hemos curado de tus heridas, te hemos dado además voz en nuestra asamblea asegurándonos el ánimo de venganza de los cartagineses. Así que no seas rápido para sentirte ofendido entre nuestros muros, Argantio. Ahora nos pides que te acompañemos a luchar contra un general cuyo nombre despierta pavor en toda Ispania, en una empresa llena de incertidumbre para la que solo contamos con tu palabra. Debes darnos alguna muestra de que todo es como dices.

—Y ¿cómo hacerlo? —preguntó Argantio—. No puedo mostraros otra cosa que las cabezas púnicas que Gerión trajo de nuestro encuentro en el bosque y la herida de flecha con que llegué hasta vosotros. Pero prestad atención a las voces que recorren los caminos, id a Arecorata o a Belgeda, adonde los vientos de guerra han llegado antes que a Cirmo.

Un grito áspero y feroz hizo callar el incesante rumor de la asamblea.

—¡¡Basta!!

Asúrix se levantó lentamente. Parecía fuera de sí: a pesar del frescor creciente de la noche, sudaba copiosamente y en sus ojos bailaban los resplandores del fuego con un intenso color carmesí, y mantenía violentamente apretados los puños y la mandíbula.

—¡Ya basta de palabrería íbera! —aulló—. ¿No os dais cuenta de que este extranjero está embaucándonos a todos con sus dulces palabras? —Asúrix hizo una pausa, recorriendo con la mirada los rostros expectantes de los guerreros—. ¿Es que vamos a permitir que un oretano fugitivo nos lleve a una guerra que solo a él conviene, es que vamos a creer todas las mentiras que nos ha dicho? ¡Yo digo no! ¡No a que un solo ólcade pierda la vida en una guerra que no es la suya, contra un enemigo que no es el suyo!

Argantio se mantenía imperturbable, como si llevara toda la noche esperando este momento. Miró a Meronio y vio que también este sudaba contemplando fijamente a Asúrix; en sus ojos refulgía una hostilidad próxima al odio. «Ciertamente no es la mía la única guerra que se disputa esta noche», pensó volviendo la atención a Asúrix, quien en ese momento comenzó a dirigirse directamente hacia él.

—Nada de lo que os ocurra nos concierne, íbero, porque nunca hemos recibido nada bueno de vosotros. Siempre nos habéis tratado con arrogancia, como si fuéramos unos pobres salvajes. ¡Qué estúpidos! ¿Pensáis acaso que nos impresionan vuestras delicadas túnicas o vuestros afeminados perfumes? ¡No y mil veces no! Nosotros somos hombres libres, pero vosotros sois y habéis sido siempre esclavos de los púnicos. ¿O no es cierto que como ellos adoráis a Tánit y a Reshef y honráis a vuestros muertos danzando en círculo cogidos de la mano? Ellos os han enseñado a escribir y a construir casas, a convertiros en animales sin juicio bebiendo vino, a buscar en los montes los metales que ellos quieren. Ellos se han ganado vuestra sumisión con finas porcelanas y brillantes joyas, y vosotros habéis creído ser más grandes pareciéndoos a ellos. Esta no es nuestra guerra, íbero, es la vuestra. Habéis cometido el terrible error de levantaros contra vuestros amos y ahora debéis pagar por ello: mostrad al menos coraje y no vengáis a mendigar ayuda a quienes siempre vivieron dignamente, sin aceptar otra servidumbre que la de los dioses y la muerte.

Gerión sintió un estremecimiento. Despreciaba a Asúrix más que a ninguna otra persona, y desde el primer momento se había jurado que estaría con Argantio hasta el final, pero sabía que las palabras de aquel

habían causado una honda impresión en la asamblea. Sintió el impulso de levantarse y defender él mismo la causa de Hélike, pero entonces Argantio comenzó a hablar.

—¿Qué te hemos hecho, Asúrix, para que nos odies de ese modo? Jamás en tu vida y la mía se han enfrentado nuestros pueblos en el campo de batalla. Nos hemos tratado siempre con respeto aunque sean distintos nuestros orígenes, hemos comerciado y aprendido cada uno la lengua del otro, muchos de los nuestros están unidos por negocios comunes y aun por matrimonio. ¿Quién ha puesto ese veneno en tu lengua y tu pecho?

—¿Qué estás insinuando? —interrumpió Asúrix, inclinándose ligeramente hacia delante como si se dispusiera a saltar sobre el íbero.

—Nada que tú mismo no des a entender —respondió Argantio—. Nos acusas de ser esclavos de los púnicos, aunque bien sepas que eso no es cierto. Sí lo es que aprendimos durante siglos muchas cosas de los fenicios y eso nos ha hecho más grandes y prósperos, pero escúchame bien: ¡jamás fueron nuestros amos ni los hombres de Tiro ni los de Cartago! También los ólcades habéis bebido siempre de la fuente de los pueblos celtas, y eso no os hace siervos de los vacceos o los vascones; ¿permitiríais acaso que llegaran ellos incendiando vuestros campos y degollando vuestros rebaños?, ¿toleraríais que aquellos a quienes acudiríais entonces buscando ayuda os hablaran como tú lo has hecho esta noche? Te diré algo una sola vez, Asúrix: si los dioses han escrito que Hélike debe caer, sea. Mi sangre la acompañará cuando eso ocurra. Pero no dudes que tras la Oretania seréis vosotros quienes encontraréis un día a Amílcar al pie de las murallas. Decide ahora si quieres luchar en Hélike como hombre libre o esperar en casa mientras otros mueren por ti —Argantio inspiró profundamente y se dirigió a la asamblea—: ¡decidid todos, guerreros de Cirno!

Una intensa exaltación recorrió la piel de Gerión como un escalofrío. La resistencia de Hélike frente a Cartago se le apareció de pronto como su propia causa: aquella a la que dirigir el poderoso anhelo de aventura y honor que sentía, y también un oscuro deseo de venganza.

«Puedes confiar en el forastero que ha venido del sur».

Las palabras de su antepasado brotaron en su memoria como una orden que le hizo ponerse en pie.

—¡Yo iré contigo, Argantio!

Saunio y Tirtanios cruzaron una mirada de sorpresa y admiración, y un momento después ambos se levantaron a su vez.

—Tirtanios y yo también iremos —dijo Saunio sonriendo, como si aquellas pocas palabras lo hicieran sentirse guerrero por primera vez.

Por un instante pareció que nadie secundaría a los tres jóvenes, pero entonces fue Ariolaco quien, lentamente, con una extraordinaria dignidad, se irguió cruzando los brazos sobre el pecho.

—No dejaré que mi hijo vaya solo a la guerra —dijo solemnemente.

Haciendo gestos de aprobación, Tesindro se levantó también, y después, uno tras otro, bajo la mirada atenta y radiante de Argantio, los guerreros de Cirmo fueron poniéndose en pie, hasta que solo unos pocos quedaron sentados en el suelo. Gerión hizo para sí un rápido recuento: «Asúrix y su hijo Arskoro, sus cuñados Artices y Virídix, el borracho de Barimno, tal vez porque a estas alturas ya no sea capaz de moverse, y los inseparables Tambasco y Alendro, el par más canalla de Cirmo. Me temo que Asúrix no olvidará fácilmente esta humillación», pensó, sintiendo que un mal presagio le cruzaba el pecho como una sombra. Esta vez fueron las palabras de su padre las que escuchó como si alguien las hubiera pronunciado junto a su oído: «recuerda que mis enemigos son también tus enemigos»; no le cabía duda que se trataba de una alusión a Asúrix. Reparó de pronto en la ausencia de Ambato, el hijo mayor de este, y recorrió con la mirada a los hombres puestos en pie para comprobar que tampoco estaba entre ellos. «Algo importante deben de estar tramando para que Ambato no haya acudido a esta asamblea», se dijo, cuando un codazo de Saunio le apartó de sus pensamientos.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Acabamos de ayudar a tu amigo Argantio a conseguir una victoria en toda regla, vamos a acudir a Hélike a luchar contra los cartagineses y estás pálido y ausente como si acabaras de ver un espectro.

—Me parece que eres tú quien ve visiones —respondió Gerión—. Pero gracias a los dos, al final vais a resultar ser menos inútiles de lo que pensaba. Con ayuda de los dioses tal vez consiga hacer de vosotros guerreros ólcades de provecho.

Los tres rieron, interrumpiéndose al ver que Meronio pedía con gestos silencio a la asamblea.

—Ya hemos oído lo que los guerreros tenían que decir —dijo tratando de ocultar una alegría que se empeñaba en asomar a su voz—.

Pero quizás los dioses hayan querido también hacernos saber sus deseos. ¿Ha sido esta una noche de presagios, Brigantio?

El anciano se irguió con esfuerzo de su lugar, el más próximo a la hoguera. Vestía una larga túnica blanca que reflejaba la luz danzante del fuego con un leve fulgor dorado. Guardó silencio con los ojos cerrados durante unos instantes antes de hacer oír su voz cansada.

—Cuando los hombres hablan rectamente, los dioses pueden guardar silencio.

Algunos hombres lanzaron exclamaciones de alegría y comenzaron a intercambiar bromas y bravatas. Más allá de los argumentos y el poder de persuasión de Argantio y de la profunda hostilidad que la mayoría sentían hacia los cartagineses, habían transcurrido ya casi diez años desde la última guerra abierta en la que habían participado. Fue cuando la falta de lluvia abrasó la cosecha de los carpetanos y diezmó sus rebaños, y estos trataron de ocupar con más de dos mil guerreros los cultivos y pastos de verano de los valles ólcades y arévacos hacia el poniente de la Celtiberia. Fue un mes de combates durísimos hasta que consiguieron expulsar a los invasores, quienes aún no habían terminado de recuperarse de la derrota y la hambruna terrible que sufrieron. Así que muchos estaban impacientes por abandonar la rutina de las cosechas, los rebaños y las incursiones ocasionales y verse de nuevo formando parte de un ejército en campaña donde surgieran oportunidades para ganar gloria y botín. Los más veteranos habían pasado esos años recordando las hazañas de entonces, y los jóvenes, escuchándolas; aquellos sentían ya la necesidad de renovar su repertorio, y estos, de empezar a vivir el suyo propio.

—¡Así sea, Cirmo acudirá en ayuda de Hélike! —gritó Meronio, y una algarabía de júbilo saludó sus palabras—, pero sabéis que de nada servirá si no se suman a nosotros todos los ólcades. Esta es mi decisión: formaremos grupos para reclamar el auxilio de las ciudades de nuestro pueblo. El primero irá a Arecorata y lo dirigiré yo mismo; me acompañarán Argantio, Gerión, Tesindro, Baulio y Nisandro. Ariolaco irá a Ercavica con su hijo Saunio y cuatro guerreros más que él elija. Eliovices marchará a Belgeda con su hijo Tirtanios y otros cuatro guerreros; tened mucha cautela, recordad que la ciudad puede haberse aliado ya con Amílcar; habrá que conocer sus intenciones sin revelar las nuestras mientras no pueda contarse con su lealtad. Aliortes elegirá cinco guerreros para vigilar las fronteras del oeste; si llegan a Contrebia no-

ticias de nuestra empresa, tal vez los carpetanos sientan la tentación de buscar venganza por el desastre que sufrieron a nuestras manos. Bitis y cinco más tomarán posiciones en la ruta que conduce a Kástulo y a la guarnición púnica de Akra Leuke. La seguridad de Cirmo será responsabilidad de los restantes guerreros, bajo el mando sabio y prudente de Brigantio. ¿Alguna pregunta? —concluyó Meronio.

—¿Qué mensaje deberemos llevar a nuestros hermanos? —preguntó Ariolaco.

—Les contaréis las palabras que se han dicho aquí esta noche y les pediréis que estén con los de su sangre en esta hora. Todos los ólcades dispuestos a combatir a Amílcar nos reuniremos cuatro días antes del próximo plenilunio al pie del monte del dios Luc, en el límite de nuestra tierra. Cuatro jornadas nos separarán entonces de las murallas de Hélike. ¿Crees que tu ciudad podrá resistir ese tiempo, oretano?

—Resistirá si los dioses no nos abandonan, o morirán todos antes que rendirse al Bárquida —respondió Argantio.

—¿Cuándo deberemos volver a Cirmo? —inquirió Bitis.

—Ocurra lo que ocurra, dentro de una semana todos los grupos deberemos estar de regreso —dijo Meronio—, pero tanto tú como Aliortes dejaréis dos hombres cada uno en la frontera para mantener la vigilancia.

Todos los hombres se lanzaron a hacer planes con sus vecinos cuando Asúrix, que hasta ese momento había permanecido sentado en silencio, se puso en pie temblando de ira. Tenía los ojos enrojecidos y extraviados y la piel pálida como la cera; parecía descompuesto, fuera de sí. Cuando habló, pareció que algo se le había roto dentro.

—Os equivocáis si pensáis que dejaré que este extranjero traiga la ruina a nuestro pueblo.

Caminó lentamente hacia el portón seguido por los pocos hombres que le habían secundado y abandonó con ellos la ciudadela, dejando un espeso silencio extendido sobre ella. Meronio miró a Brigantio, de pie a pocos pasos de él, y este le hizo un gesto de asentimiento: tendría cuidado con Asúrix y los suyos. Sintiendo más preocupado de lo que habría querido reconocer, Meronio se apresuró a tomar de nuevo la palabra para dar por terminada la asamblea.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, debemos ponernos en marcha cuanto antes. Completad los grupos y preparad las armas y los caballos. Partiremos en cuanto amanezca.

—¡Por Cosus!, ¿os dais cuenta? —exclamó Saunio mientras la asamblea se deshacía en un agitado desorden—, ¡dentro de unas horas...! —interrumpió la frase al ver una expresión circunspecta en el rostro de Gerión—. Ya entiendo, te preocupa Asúrix. Pero puedes estar tranquilo, Meronio lo ha dejado en Cirmo precisamente para que no pueda hacer ningún daño. Además, Brigantio y los otros estarán alerta.

—Claro, todo irá bien —dijo Gerión, esbozando una sonrisa—. Creo que ahora debemos reunirnos con nuestros grupos. Sé que Meronio ha elegido correctamente, pero habría sido magnífico que estuviéramos los tres en el mismo. Tened cuidado y no dejéis de avisarme si alguno de vosotros se encuentra con Amílcar.

Los tres rieron y caminaron hacia la hoguera, separándose en busca de sus jefes de grupo. «Quién pudiera como ellos tener por jefe al propio padre», pensó Gerión sintiendo como otras veces una punzada de pérdida, de ausencia...

Y de pronto comprendió que ya estaba bien, que no podía seguir sintiéndose huérfano toda la vida, que tenía que sobreponerse de una vez por todas a esa amargura que nunca le había abandonado por completo. Y decidió sustituir en su recuerdo al padre arrebatado de su infancia por la presencia cálida y cercana que había compartido con él la oscuridad de la cámara del ritual.

Sintió que un peso enorme se le retiraba del pecho.

Sonrió.

Vio entonces que sus cinco compañeros lo estaban ya esperando y apresuró el paso, congratulándose por formar parte del grupo de Meronio y Argantio, y de su tío Tesindro. A Baulio y Nisandro no los conocía mucho, pero sabía que habían sido compañeros de cuadrilla de su tío y, como él, tenían una sed y un apetito inmensos y un sentido del humor ruidoso y lento para tomar ofensa.

—No creo que haya más que decir —comenzó Meronio cuando Gerión estuvo junto a ellos—. Llevad equipo completo de combate y alimentos para tres días, no podremos entretenernos buscando caza. Nos reuniremos en la puerta de la muralla cuando rompa el alba. ¿Compartís alguno téseras de hospitalidad con gentes de Arecorata?

—Yo partí la piedra el año pasado con Kintortes —respondió Tesindro.

—Y mi familia la tiene con la de Jamecio desde tiempos de mi abuelo —añadió Nisandro.

Muy bien —prosiguió Meronio—, llevadlas con vosotros, nos serán útiles... —se detuvo al ver a Argantio hacer un gesto de interrogación—. ¿Conoces nuestras téseras, íbero?

Este negó con la cabeza.

—Es una vieja costumbre celtíbera: dos familias unidas por lazos de amistad inscriben un compromiso de hospitalidad mutua en una pequeña estela de piedra o bronce, después la parten por la mitad y cada familia conserva un fragmento. Los miembros de una familia están obligados a acoger en su casa y dar sustento a aquellos de la otra que les presenten su mitad de la tésera e invoquen el compromiso.

—Los celtíberos tenéis costumbres que debería aprender mi pueblo —comentó Argantio.

—Tal vez. Y ahora pongámonos en marcha.

Argantio y Gerión se encaminaron hacia la casa de este saliendo a la calle desierta, dejando atrás a los numerosos guerreros que intentaban convencer a los jefes de grupo para que los llevaran con ellos; ahora que los acontecimientos se ponían al fin en marcha, nadie quería quedarse al margen. A Gerión le pareció que el oretano guardaba un extraño silencio, a pesar de que la noche había estado llena de acontecimientos que comentar.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Argantio tardó unos segundos en contestar, y antes dejó escapar un largo suspiro que inquietó al joven ólcade.

—Hay algo que debes saber.

Gerión se detuvo y miró a su compañero inquisitivamente. Argantio bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—No es verdad que Tilego, el jefe de los celtíberos de Amílcar, haya aceptado pasarse con sus hombres a nuestro lado por ocho talentos de oro. Quiero decir, todavía no.

Gerión dio un respingo.

—¿Cómo dices?

—¡Shhh!, no levantes la voz, cualquiera puede escucharnos. Es cierto que le hemos mandado emisarios con esa oferta, pero hasta ahora el lusón se ha negado... Aunque creo que en su fuero interno aborrece a Amílcar y todavía podría ser convencido.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido inventar algo así? —Gerión sintió que le dominaba la ira y trató de controlar el temblor de su voz—. ¿No te has parado a pensar que puedes estar llevando a mi pueblo al mata-dero? ¡Y además con mi ayuda!

—Créeme que no había previsto de antemano dar por cierta la alianza con Tilego, pero tal y como transcurría la asamblea pensé que de otro modo los guerreros de Cirmo nunca habrían decidido ayudarnos —repuso Argantio, compungido—. Ahora te pido que confíes en mí, como te dijo tu antepasado. Creo que los dioses nos han dicho por su boca que están con nosotros y que cuando llegue el momento Tilego y los suyos también lo estarán.

Gerión se mantuvo en silencio durante un largo instante, dirimiendo con las mandíbulas apretadas y gesto adusto el conflicto que se desarrollaba en su interior.

—Argantio —dijo al fin con voz grave—, me estás obligando a recorrer un camino que fácilmente puede conducir al deshonor, y ese es para un guerrero ólcade un riesgo mayor que la muerte.

—No lo ignoro, pero tu antepasado...

—Sabes que si alguien llegara a saber lo que me has dicho serías expulsado de inmediato de Cirmo, y Hélike debería enfrentarse sola a su destino —replicó Gerión mientras abría el portón del patio delantero de su casa. Los caballos relincharon quedamente en señal de saludo—. Y mi pueblo no me perdonaría haber guardado el secreto, pero me temo que ya no me queda más remedio que acompañarte en esto hasta el final. Espero que sepas lo que haces y que no te reserves ninguna otra sorpresa.

—Gracias, Gerión. Ten por seguro que no te he ocultado nada hasta ahora y tampoco lo haré en el futuro, ya te he dicho que lo de la asamblea fue una pura improvisación. Pero ten presente que tú sí estás poniendo compartir algo conmigo: aún no me has enseñado la plancha de plomo escrita por Gerión el Tartesio.

—¡Por los dioses, la plancha! —exclamó Gerión—, ¡con tantos acontecimientos la había olvidado por completo! —de pronto le pareció imposible que hubiera sido esa misma mañana cuando transmitió a Argantio el mensaje de su antepasado—; pero me temo que aún tendrás que esperar a que regresemos de Arecorata para leerla.

—¿Por qué? —inquirió Argantio.

—Está oculta bajo el suelo de la casa. Exactamente debajo de la cama de mi madre.

La despedida fue breve, con las formas sobrias y concisas que Argantio había aprendido a considerar como un patrimonio característico de

los celtíberos. Mientras Gerión abrazaba a sus hermanos y a su madre, urgido por la claridad violácea que comenzaba a romper por el levante la negrura de la noche, el oretano admiró el equipo militar del joven, característico de los guerreros celtíberos y famoso en toda Hispania: las dos lanzas, una con asta de madera y otra completamente de hierro, el escudo redondo de madera con refuerzos de bronce dibujando un gran sol prominente en su centro —la *caetra*—, el arco y la bolsa de flechas a la espalda, el hacha de doble hoja sujeta en el cinturón, el casco de bronce con dibujos geométricos, la espléndida espada en su vaina de hierro y, sobre esta, una pequeña funda que contenía un cuchillo y dos puntas de lanza. «Un pueblo extraordinario —pensó—; ¡ay de Amílcar si un día debe enfrentarse a todo un ejército de ellos en el campo de batalla!»

—Hijo mío —dijo Larima—, haz lo que debas hacer para que los dioses te devuelvan con vida y honor a esta casa.

—Así lo haré, madre —respondió Gerión—. Y vosotros —añadió, dirigiéndose a sus hermanos—, cuidad de vuestra madre y de la casa. Serán solo unos días, así que estad tranquilos.

Irmán y Mimbro asintieron y abrazaron a su hermano, ambos conteniendo las lágrimas que trataban de asomar a sus ojos.

—Y a ti, Argantio —añadió la mujer suavemente—, esperamos verte con bien de nuevo en nuestra casa.

El oretano respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa, tomando después las riendas de su caballo.

—Es la hora, Gerión —dijo, y un momento después los dos salían a la única calle de Cirmo, por la que comenzaban a bajar, llenando el alba de sonidos de metales y cascos de caballos, los guerreros que habían de dispersarse por las fronteras y ciudades del país de los ólcades. Entre ellos llegó la voz de Mimbro, clara y urgente.

—¡Cuidate, hermano, y cuida también por mí de nuestro invitado!

Gerión sonrió embargado por una alegría desconocida y salvaje, la misma que tantos otros habían sentido la primera vez que partieron en busca de los misterios del hierro y la sangre, de la vida y la muerte, como si solo en esa búsqueda anduviera oculto el destino de los hombres.

«Claro que me cuidaré, Mimbro —dijo para sí—. Cuidaos también vosotros».